

SOBRE EL RITUAL FUNERARIO DE COGOTAS I

A. ESPARZA ARROYO

Uno de los aspectos más oscuros de la cultura de Cogotas I es, paradójicamente, el del ritual funerario¹. La paradoja, más allá de la que supone la falta de datos de este género a la hora de definir la cultura, estriba sobre todo en que algunos de los más tempranos hallazgos de cerámicas de Cogotas I y se produjeron precisamente en contextos funerarios.

Que tal aparición no fuese advertida se explica sin duda por la confusión reinante en los primeros tiempos de la investigación, en los que no se valoraban debidamente las cerámicas de boquique. Tal es el caso de los cinco dólmenes excavados por el P. Morán en las localidades zamoranas de Almeida, Brime de Urz y Granucillo: por sus trabajos en el Cerro del Berrueco, este investigador conocía las cerámicas de Cogotas I —*avant la lettre*— pero las consideraba eneolíticas, confundiéndolas incluso con las del campaniforme Ciempozuelos. Por eso, tan interesantes datos han pasado prácticamente desapercibidos hasta hace no mucho tiempo².

Por otra parte, la progresiva identificación de Cogotas I con invasores indoeuropeos, realizada en los años 30 y 40 sobre la base de las cerámicas excisas, conllevó —de forma no explícita— la idea de la incineración como pauta funeraria de tal cultura. No puede extrañar por ello el que, sin elementos probatorios, los «basureros» tan comunes en Cogotas I pasasen a ser considerados como sepulturas de incineración³; ni tampoco el que la tumba de Renedo llegase a ser valorada

¹ Siguiendo a Gallay, entendemos como ritual una «activité (décelable à travers l'analyse des vestiges) présentant un caractère répétitif (dans l'espace ou dans le temps) ne s'expliquant pas par les besoins de la survie matérielle, donc ne relevant pas du domaine technique et/ou économique» (GALLAY, 1988, p. 6). Pero se excluyen de este trabajo algunos yacimientos en los que han debido de realizarse prácticas rituales no funerarias: a juzgar por la deposición de vasijas completas y en posición invertida, de ofrendas de animales, etc., parecen haberse realizado en La Torrecilla, La Muela de Alarilla, El Negralejo y Perales del Río (*vid.* BLASCO *et alii*, 1985) y acaso también en el salmantino Teso del Cuerno (*vid.* MARTIN BENITO, 1988, pp. 138 y 149).

² MARTIN VALLS y DELIBES, 1972, p. 17.

³ El impulso decisivo viene seguramente del trabajo de LLANOS y FERNANDEZ MEDRANO, 1968, aunque los yacimientos estudiados sólo se relacionan parcialmente con Cogotas I. Desde luego no hay ninguna evidencia de incineración de cadáveres humanos, a no ser la cita, recogida por estos autores, de unos «huesos calcinados» supuestamente humanos que habían llevado a J. M. de Barandiaran a considerar los hoyos aparecidos en 1918 en Salbatierrabide como sepulcros de incineración (*Ibidem*, p. 49). Desde luego, la escasa organización y el aspecto de desechos de los restos encerrados en

—en consonancia con el esquema maluqueriano de la dualidad de poblaciones⁴— como «un yacimiento de cultura pastoril indígena con un vaso de técnica de boquique, todavía sin asociar a las formas excisas de los europeos incinerantes»⁵,

Sobre este panorama se produce la publicación de la tumba de inhumación triple de San Roman de la Hornija⁶, en la que por primera vez se discute con amplitud el problema del rito funerario, barajándose ahora aquellos hallazgos pioneros. Con posterioridad se han realizado algunos nuevos descubrimientos, como los de Caracena, pero sigue sin producirse una aceptación franca, sin reservas, de lo que suponen estos yacimientos, a los que con frecuencia se tilda de excepcionales⁷. Por el contrario, se acude todavía a la incineración... o se sugiere, dando un viraje en la historia de la investigación, que esta cultura no realizaba enterramientos⁸. Detengámonos un momento en ambos puntos.

En favor de la *incineración* podría aportarse, en primer lugar, la ya famosa presencia de una vasija con decoración de boquique en la necrópolis de la incineración de Reillo⁹, pero parece bastante claro que estamos ante un simple elemento decorativo residual, de última hora¹⁰ o, en el mejor de los casos, ante una mera influencia de Cogotas I¹¹ en el círculo cultural de Campos de Urnas.

Parece fácil alinear, junto a ese testimonio del ocaso de Cogotas I, otro obtenido en uno de los yacimientos de Getafe, el «campo de hoyos» de la Fábrica de Ladrillos. Aquí se ha señalado la existencia de enterramientos de incineración¹², si bien se desconoce por completo su fundamentación arqueológica. Aceptando

los pretendidos «hoyos de incineración» invitaban a una interpretación más cauta (*Vid.* la crítica de Palol, ya en los años setenta: PALOL, 1974, p. 94. Otra, más reciente y sistemática, en RUIZ ZAPATEIRO, 1985, pp. 643-644).

⁴ MALUQUER, 1956. En este trabajo —uno de los más importantes en la historia de la investigación de Cogotas I— nada se dice acerca de la cuestión funeraria.

⁵ PALOL y WATTENBERG, 1974, p. 27.

⁶ DELIBES, 1978.

⁷ En las pocas síntesis disponibles, defienden el ritual inhumador MARTIN VALLS, 1984, pp. 27-28; FERNANDEZ MANZANO, 1985, pp. 62 y 72. En cambio, Almagro-Gorbea duda de su carácter general (ALMAGRO-GORBEA, 1986, p. 369).

⁸ BLASCO, 1987. Desde luego, para explicar este tipo de comportamiento, podría contarse con alguna ayuda de la Antropología: nos encontraríamos ante una «estrategia de ocultación de la muerte», que parece característica de sociedades de cazadores-recolectores y de agricultores de rozas, a juzgar por los datos obtenidos en Canadá (*vid.* CRIADO BOADO, 1989, p. 84), lo que en principio parece encajar con la concepción de las gentes de Cogotas I como agricultores itinerantes (MARTIN VALLS y DELIBES, 1972, p. 19). Las investigaciones recientes, sin embargo, apuntan más bien hacia una economía más avanzada, en el marco de la «revolución de los productos secundarios» (HARRISON *et alii*, 1985).

⁹ MADERUELO y PASTOR, 1981, fig. 3.

¹⁰ DELIBES, 1983b, p. 91; FERNANDEZ-POSSE, 1986, p. 484.

¹¹ Si admitiéramos que tal decoración implica que todavía subsisten grupos de la cultura de Cogotas I, este vaso podría explicarse, por ejemplo, como obra de una mujer perteneciente a uno de esos grupos pero residente en el poblado de Campos de Urnas; o tal vez como un simple elemento importado. De estos fenómenos tenemos un ejemplo bien conocido: el vaso, claramente introducido desde Cogotas I en un área cultural diferente y hallado en la sepultura 3 de Tapado da Caldeira, correspondiente a una comunidad del Bronce Final local (*vid.* JORGE, S. O., 1980).

¹² PRIEGO y QUERO, 1983, p. 302; PRIEGO, 1984, pp. 194-200.

su existencia, algunos investigadores los ponen en relación con los últimos momentos de Cogotas I¹³, y hay argumentos para ello. El más importante sería seguramente el proporcionado por las cerámicas integrantes de una de las presuntas tumbas¹⁴: tres de los cuatro recipientes recogidos presentan umbo; de ellos, dos son completamente lisos y el otro tiene una decoración en la que hay un juego entre lo horizontal y lo vertical que suscita el recuerdo de vasijas como una de la Tajada Bajera de Bezas¹⁵, es decir elementos muy tardíos, del final de Cogotas I.

Otro de los hoyos de La Fábrica ha proporcionado lo que parece un aval para esa datación sugerida. En efecto, se ha obtenido una fecha de radiocarbono ($I-12.863 = 2490 \pm 95$ BP, cuya «edad equivalente» sería 540 a. C.) para una muestra de «tierra con ceniza»¹⁶ —¿será una de las incineraciones¹⁷?— extraída del interior de una de las vasijas del «fondo» 12. Pero el pretendido aval no parece muy firme, ya que parece haberse obtenido otra datación radiocarbónica, esta vez del siglo IX a. C.¹⁸; además, se han datado muestras cerámicas —sin que sepamos si son precisamente de las vasijas del hoyo 12— por termoluminiscencia¹⁹, obteniéndose resultados (1078 ± 257 A. C.; 1198 ± 249 A.C. y 894 ± 213 A.C.) mucho más acordes con su tipología... y escasamente compatibles en esta zona con el ritual incinerador.

En definitiva, y aunque pudiera aceptarse que en los últimos compases de Cogotas I se realizaron aquí incineraciones, la disparidad en las dataciones absolutas, pero sobre todo el escasísimo conocimiento de los contextos precisos de los que provienen, nos llevan a adoptar una postura de reserva ante este yacimiento.

Por el contrario, un argumento contundente en contra de un ritual incinerador en Cogotas I lo constituyen los propios yacimientos de Las Cogotas y Sanchorreja. En el sitio epónimo, a pesar de la extraordinaria amplitud de lo excavado, en el poblado y en la extensísima necrópolis de incineración, no apareció tumba alguna de la fase más antiguá. Otro tanto cabe decir de Sanchorreja, donde las numerosas catas realizadas en busca de la necrópolis no han rendido por el momento ningún hallazgo funerario²⁰.

¹³ FERNANDEZ-POSSE, 1986, p. 484.

¹⁴ PRIEGO, 1984, p. 194.

¹⁵ Vid. RUIZ ZAPATERO, 1985, p. 461; FERNANDEZ-POSSE, 1986, p. 484.

¹⁶ PRIEGO y QUERO, 1983, p. 303. Pero, a decir verdad, el aspecto de los vasos, que conocemos a través de un trabajo dedicado a su restauración (BARRIO, 1987), no acaba de encajar con una fecha tan baja.

¹⁷ Una vez más habrá que insistir en la necesidad de recoger las cenizas para un examen adecuado. Desde luego, la bibliografía especializada indica sistemáticamente la persistencia de huesitos mal quemados, perfectamente apreciables a simple vista, que permiten llegar a determinar la edad y sexo del difunto, identificar cremaciones múltiples, etc. También se alude a la acción de los suelos ácidos sobre los fragmentos óseos, que dificulta el reconocimiento de los puntos notables, pero que difícilmente los destruye por completo. Citamos únicamente los trabajos señeros de WELLS, 1960 y GEJVAL, 1963.

¹⁸ Se alude en ARRIBAS *et alii*, 1989, p. 243.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 241-242.

²⁰ Una última nota en relación con este problema, a partir de los niveles del Bronce Tardío del yacimiento almeriense de Fuente Alamo, en los que hay materiales de Cogotas I: en contraste con las

Por lo que hace a la otra propuesta que se adelantaba, es verdad que resulta perfectamente legítimo plantear, en teoría, que estas gentes prescindieron de enterrar a sus muertos²¹ o, tal vez más aceptable, que practicaban unos ritos que no incluían la conservación del cuerpo²² ni la colocación de ajuar, es decir, difícilmente detectables para la arqueología. Sin embargo, creemos que la escasez —que no ausencia— de muertos refleja esencialmente la poca intensidad de la investigación. Existe, como vamos a ver, un número de yacimientos funerarios lo suficientemente importante como para excluir su carácter excepcional, y en ellos comienzan a advertirse además ciertas regularidades; ésta es la razón de que nos inclinemos por la hipótesis del ritual de inhumación. Podemos admitir, sin duda, que no todas las personas recibían sepultura, pero de ahí a caracterizar a Cogotas I por la no realización de ningún tipo de enterramientos va un trecho. De igual forma, incluir a Cogotas I en el bloque de culturas peninsulares caracterizadas por realizar ritos no conservadores que sugería Schüle²³ choca con la evidencia aportada por los yacimientos que aquí se reúnen, merecedores de un proyecto de investigación con excavaciones *ad hoc*.

Los testimonios del ritual inhumador en la cultura de Cogotas I quedan reflejados en el siguiente

INVENTARIO DE YACIMIENTOS.

1. RENEDO DE ESGUEVA (Valladolid).

Al abrirse una zanja para la conducción de agua de unas viviendas de nueva construcción en este pueblo se produjo el descubrimiento de una tumba²⁴, cuyas circunstancias pueden reconstruirse así: la zanja cortó una fosa, cubierta por una losa de caliza, y en la que se encerraba un esqueleto en cuclillas acompañado por un cuenco cerámico. Se conservan en el Museo Arqueológico de Valladolid el cuenco, decorado con series de ondas de boquique y la mandíbula del inhumado. De ésta se ha inferido su pertenencia a un individuo adulto, de pequeña talla, probablemente femenino²⁵.

anteriores fases, no se conocen las tumbas de ésta, por lo que resulta sugestiva la aparición de tres construcciones a modo de cistas poligonales que contenían en su interior tierra y una de ellas «cenizas». La interpretación en relación con un ritual post-argárico queda todavía en el aire (SCHUBART *et alii*, 1985, p. 312). De todas formas, no puede decirse que Fuente-Alamo sea un poblado de Cogotas I, sino meramente alcanzado por cerámicas procedentes de este ámbito cultural —otra vez el recuerdo de Tapado da Caldeira—, por lo que el sospechado rito funerario incinerador caracterizaría en todo caso a las gentes del Bronce Tardío del Sudeste.

²¹ Los propios resultados negativos de las excavaciones de Las Cogotas y Sanchorreja podrían justificar esta posición; y mejor aún, el caso de El Negrалеjo, donde hay restos humanos que parecen tirados como simple basura.

²² Así parecía sugerirse en DELIBES, 1983, p. 88. También podría tomarse en consideración la idea, apuntada para Andalucía, de que se realizasen sepelios arrojando el cadáver a las aguas (*Vid.* ESCACENA y BERRIATUA, 1985, nota 21).

²³ SCHÜLE, 1969, p. 28.

²⁴ WATTENBERG, 1957.

²⁵ PALOL y WATTENBERG, 1974, pp. 125-127.

2. *La Requejada*. SAN ROMAN DE LA HORNIJA (Valladolid).

En el curso de las excavaciones realizadas en este yacimiento —un «campo de hoyos» acaso correspondiente a un campamento, poblado poco consistente, etc.— se encontró²⁶ un hoyo de metro y medio de diámetro y otro tanto de profundidad, en el que se hallaban tres esqueletos depuestos simultáneamente, cubiertos por una especie de enlosado y por un relleno ceniciento. Los esqueletos iban acompañados por fragmentos cerámicos, excisos e impresos, concertables con otros del relleno superior, de un hogar situado junto a la boca del hoyo, e incluso de otros hoyos lejanos; además, había otros elementos de ajuar, como el espiraliforme de bronce del individuo más joven, el lingotillo de bronce²⁷ y un conejo completo que acompañaban al más corpulento; e incluso una fíbula de codo tipo Huelva, emplazada en el mencionado relleno.

Los difuntos yacían en posición replegada, dos sobre el costado derecho y el tercero, el más corpulento, sobre la espalda y con la cabeza y las piernas hacia la izquierda. Según el estudio antropológico²⁸ este último corresponde a una mujer joven, aunque manifiesta cierta rudeza de rasgos; en cambio los dos primeros corresponden a un adulto —tal vez una mujer²⁹— con senilidad precoz y un individuo infantil, acaso niño, de unos siete años³⁰.

Para esta tumba contamos con dos dataciones radiométricas, una sobre muestra de los huesos del niño (I-9603: 2820 ± 150 BP) y la otra a partir de carbones de una hoguera de la boca de la tumba (I-9604: 2960 ± 95BP). Las «edades equivalentes» son 870 y 1010 a. C.

3. VACIAMADRID (Madrid).

Entre los kms. 18 y 20 de la carretera Madrid-Valencia se conservaba un retazo de la terraza baja del Manzanares, en la que la realización de trincheras durante la guerra civil había provocado la aparición de restos paleontológicos y prehistóricos³¹. En el paleosuelo que recubre la terraza —nivel 2 de la secuencia litoestratigráfica local— se hallaron restos que V. Cabrera atribuyó a la transición Bronce Final/Edad del Hierro y que creemos corresponden a Cogotas I³², huesos de fauna —Equus, Bos, Capra y Lepus—, así como tres «fondos de cabaña» y una estructura excavada en forma de tinaja de metro y medio de profundidad, en la que se encontraba un esqueleto humano, seguramente un varón de unos 25 años. En el fondo de la tumba, y mezclados con los restos del individuo, se recogieron un cuenco cerámico, negro y sin torrear, dos prismas de cuarzo hialino, procedentes tal vez de la parte sur del Guadarrama, y dos puntas de lanza de aspecto bronceo. La pertenencia de la tumba a Cogotas I vendría avalada por la datación radiocarbónica de una muestra de huesos del esqueleto (CSIC 176: 3050 ± 100BP: 1100 a. C.), coincidente

²⁶ DELIBES, 1978.

²⁷ FERNANDEZ MANZANO, 1986, p. 152.

²⁸ BASABE y BENASSAR, 1985. (Agradezco a D. J. A. Rodríguez Marcos el haberme facilitado este estudio, incluido como apéndice en su Memoria de Licenciatura, inédita).

²⁹ *Ibidem*, p. 161, señalan que «es femenino aunque menos marcado que el precedente en los caracteres craneales, pero según el índice pelviano de Schultz (95,45) queda situado dentro de los márgenes de variación de este sexo».

³⁰ *Ibidem*, p. 169, señalan que «el mentón parece iniciar un posible rasgo de masculinidad».

³¹ GAIBAR-PUERTAS, 1974.

³² Nuestra posición se basa, con todas las reservas que impone el no conocer directamente el material, en las fotografías de los fragmentos cerámicos, entre los que hay algunos correspondientes a vasos lisos, carenados, de pasta negra (*Ibidem*, fig. 10), otros con pequeñas impresiones en el labio (fig. 12) que tampoco desentonan en Cogotas I, y sobre todo los de un vaso con compleja decoración incisa e impresa de cuyo borde cuelgan triángulos rellenos de puntillado así como un zig-zag al interior (fig. H11).

con la de otra muestra preparada con fragmentos carbonizados de la cerámica recogida en el mismo nivel (CSIC 181: 3050 \pm 100 BP). Lamentablemente, el mencionado cuenco cerámico era liso, y desconocemos las características de las puntas de bronce.

4. *Los Tolmos*, sector B. CARACENA (Soria).

En el sector contrario al que ha proporcionado restos de cabañas se halló una pequeña fosa que contenía los restos de un hombre y una mujer jóvenes, y entre ambos, los de un recién nacido. Los adultos fueron enterrados en decúbito lateral —derecho el varón e izquierdo la mujer—, espalda contra espalda, y ambos encogidos. No se encontró ajuar en esta tumba; en el fondo del hoyo se recogieron algunos carbones que fueron datados por radiocarbono (CSIC 442: 3380 \pm 50 BP; 1430 a. C.)³³.

En el yacimiento se han encontrado otros restos humanos —tibia, mandíbula y fragmento craneal³⁴— señalando Jimeno su pertenencia a «algún enterramiento más, tanto de época tardorromana como de la Edad del Bronce, pero completamente desperdigados»³⁵.

5. *Los Tolmos*, sector A. CARACENA (Soria).

Próximo a una de las cabañas del sector de habitación de este yacimiento ha aparecido un enterramiento en fosa poco profunda, correspondiente a un joven. El inhumado se hallaba recostado sobre el lado derecho, en posición encogida y con el tronco torsionado, colocación facilitada por el atado del cuerpo³⁶.

6. *Cueva de La Aceña o de Valpoza*. LA ACEÑA (Burgos).

J. Martínez Santa-Olalla y A. del Castillo publicaron repetidamente un fragmento de campaniforme Ciempozuelos procedente de esta cueva burgalesa, descubierta en 1912 por un monje silense, el P. Saturio González, quien señaló su carácter de necrópolis³⁷. Hoy sabemos que la vinculación del yacimiento al mundo de Ciempozuelos es errónea: como ha puesto de manifiesto Delibes, el mencionado fragmento no proviene de aquí; en cambio, los materiales realmente obtenidos en este panteón rupestre corresponden a Cogotas I³⁸.

7. *Cueva Tino*. MAVE (Palencia).

En la primera publicación de este yacimiento se dice que «consta de un enterramiento de cinco individuos del final del Bronce, con abundancia de enseres y utensilios trabajados característicos de esta industria»³⁹ y se acompaña una fotografía de los «diversos objetos hallados en el enterramiento»⁴⁰, si bien en el croquis planimétrico de la cueva⁴¹ vemos nítidamente que tales materiales se obtuvieron en catas bien diferentes y alejadas.

En una publicación más completa⁴² no hemos conseguido ver con claridad la procedencia —ni estratigráfica ni espacial— de los materiales, entre los que reconocemos unos

³³ JIMENO, 1984, pp. 190-191; 199-201 y apéndice IV.

³⁴ *Ibidem*, p. 191.

³⁵ *Ibidem*, p. 73.

³⁶ JIMENO, 1989, p. 40 y fig. 4.

³⁷ GONZALEZ SALAS, 1948, p. 8.

³⁸ DELIBES, 1988, pp. 59-61.

³⁹ MARTINEZ, 1978, p. 103.

⁴⁰ *Ibidem*, p. 110.

⁴¹ *Ibidem*, p. 105.

⁴² ALCALDE y RINCON, 1979.

cuantos fragmentos de la fase antigua de Cogotas I⁴³. De los abundantísimos restos humanos recogidos tampoco se captan los detalles indispensables, si bien se afirma que corresponden a inhumaciones secundarias y a incineraciones (*sic*), existiendo tal vez cierta estratificación «... ya que la base del estrato poseía una mayor cantidad de huesos con trazas de fuego totales o parciales»⁴⁴. No sabemos si todos esos restos se pueden asociar a las cerámicas cogotenses, pero parece seguro el caso de los dos inhumados al lado de la pared en la cata C-4⁴⁵ junto a los cuales se halló un fragmento con decoración de boquique⁴⁶.

8. Cueva de los Lagos. AGUILAR DE RIO ALHAMA (La Rioja).

Esta cueva, ubicada en el mismo solar de las ruinas de Inestrellas, ha sido puesta en relación con el poblado de El Recuenco En ella se produjo el hallazgo de diversos restos humanos, que indicarían la utilización como panteón colectivo⁴⁷. Hernández Vera ha llegado a observar en algún punto de la cueva la existencia de una clara estratificación, con cerámicas celtibéricas en el nivel más alto, y otras a mano y con decoración de boquique en el inferior⁴⁸.

Además de otras noticias relativas a restos humanos, se ha podido documentar con bastante precisión el enterramiento de un individuo —un varón de unos 25 años, recostado sobre el lado derecho y con la cabeza tal vez apoyada en una losa, mirando hacia el oeste. Junto al cráneo, que presentaba sutura metópica y huellas de una posible lesión, apareció un vaso cerámico con decoración de boquique⁴⁹.

9. Cueva del Asno. LOS RABANOS (Soria).

En esta cueva próxima a la capital soriana se han realizado múltiples exploraciones, documentadas desde el siglo XVIII⁵⁰, sin que quepa duda alguna acerca de su condición funeraria. Más problemática es, en cambio, la cronología de las inhumaciones, atribuidas por Taracena al Eneolítico⁵¹. Eiroa, que excavó la cueva en los años 70, documentó el mal estado del yacimiento, repetidamente removido⁵². Centrándonos en el sector B, donde

⁴³ *Ibidem*, fig. 5,25; 6,28-29; nos. 25, 28, 29, 30, 102 (¿son una misma cosa?) y 149.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 88.

⁴⁵ MARTINEZ, 1978, croquis p. 105; ALCALDE y RINCON, 1979, p. 88.

⁴⁶ Es el del centro de la fila inferior en la foto de MARTINEZ, 1978, p. 116 sup.; equivale al fragmento CT 143 en ALCALDE y RINCON, 1979, fig. 15.

⁴⁷ CASADO y HERNANDEZ VERA, 1979, pp. 99 y 104.

⁴⁸ HERNANDEZ VERA, 1982, p. 35.

⁴⁹ *Ibidem*, pp. 35-36 y fig. I,2.

⁵⁰ Sobre este yacimiento, *vid.* SAENZ GARCIA, 1969; FERNANDEZ-MIRANDA y BALBIN, 1973; y sobre todo EIROA, 1979 y JIMENO, 1984, pp. 56-59, con la historia de la investigación.

⁵¹ Esta atribución de Taracena, que creemos equivocada, se basaba en las cerámicas «de ornatos incisos en zigzag y por la falta de puntillado» (Cit. por SAENZ GARCIA, 1969, p. 207). Por su parte, Fdez. Miranda y Balbín relacionaron la cueva con el mundo castreño soriano, si bien admiten su temprana cronología, a la vista de los fragmentos con zig-zag inciso, análogos a los de la Cueva Lóbrega, y de los vasos lisos, enraizados en el Bronce Medio y Final.

⁵² En el sector A obtuvo dos niveles, *a* y *b*, intercalados entre uno revuelto y el de fondo, estéril. Tanto *a* como *b* contenían algunos restos óseos humanos, y de este último se obtuvo una datación (CSIC 341: 3860 ± 80 BP; edad equivalente: 1910 a. C.) que pesa decisivamente en la catalogación del nivel como perteneciente al Bronce Inicial.

Jimeno ha expresado sus dudas acerca de las estratigrafías, y desde luego resulta evidente la infiltración de cerámicas torneadas y objetos de hierro, tardorromanos o visigodos. Como Eiroa, considera indistinguibles las cerámicas de *a* y *b*, que podrían corresponder a un único nivel de ocupación, si bien concede que podrían ser dos relativamente próximos (JIMENO, 1984, pp. 57-58).

habían intervenido el P. Saturio González, Taracena, etc., y que parece haber sido una zona funeraria muy importante —conocida como *El Osario*—, Eiroa apenas pudo encontrar una pequeña zona intacta, el llamado Frente A, cuya estratigrafía comprende un nivel revuelto, en el que salió un vaso exciso; un nivel con fragmentos óseos humanos y cerámica⁵³, así como carbones que permitieron obtener una fecha radiocarbónica (CSIC 340: 3380 ± 50 BP; edad equivalente: 1430 a. C.); y un nivel inferior estéril.

A la vista de las cerámicas publicadas, creemos que en los distintos sectores se halla representado un ambiente bastante homogéneo⁵⁴, muy similar al de Los Tolmos, con decoraciones de triángulos rellenos de rayado oblicuo, incisiones en zigzag, ángulos, etc., sin que falten tampoco temas como los triángulos rellenos de puntillado o la línea cosida, bien comunes en cualquier estación de Cogotas I del centro o del oeste de la Meseta⁵⁵.

10. *Kaite II*. CUEVA DE SOTOSCUEVA (Burgos).

Dentro del gran conjunto kárstico de Ojo Guareña⁵⁶, destacamos la existencia de la cueva de Kaite, en la que se han reconocido dos zonas, denominadas Kaite I y II, separadas artificialmente, y que se interpretan como de habitación y «santuario», respectivamente⁵⁷. En Kaite II hay inhumaciones⁵⁸ que hemos podido ver en superficie. La hipotética —y muy razonable— relación entre ambos sectores deberá ser comprobada siendo de gran interés por la presencia en Kaite I de cerámicas de Cogotas I⁵⁹, seguramente avanzado. El equipo dirigido por Clark también anotó la aparición de restos humanos y de cerámicas que asignan —en el lenguaje de la época— al Bronce Final y Primera Edad del Hierro⁶⁰.

11. *Cueva de Maltravieso*. CACERES (*id.*).

A través de la publicación de Callejo Serrano⁶¹ sabemos que en las salas A y B de esta caverna, destruidas por labores de cantera, aparecieron restos humanos, cerámicas, algunos objetos líticos —hachitas, un «brazal de arquero» y una punta de flecha que tal vez sea un cristal de cuarzo— e incluso un trozo de tejido, de aspecto muy antiguo. Entre los restos óseos, correspondientes a un mínimo de siete u ocho individuos, hay un cráneo trepanado y otro que presenta sutura metópica.

Todos estos vestigios, que nada tienen que ver con las pinturas paleolíticas⁶² y la fauna pleistocénica halladas también en la cueva, fueron atribuidos a la neolítica Cultura de las Cuevas, viéndose en las decoraciones cerámicas un precedente de las del Campaniforme.

⁵³ En el inventario de materiales no vemos con claridad cuáles son los abundantes fragmentos cerámicos lisos y decorados aquí hallados.

⁵⁴ No ha sido posible efectuar un contraste estadístico de los distintos niveles y sectores por no detallarse la procedencia de unas cuantas cerámicas.

⁵⁵ *Vid.* también el inequívoco fragmento exciso publicado por ORTEGO, 1961, fig. 5.

⁵⁶ Para el esclarecimiento de la procedencia concreta de los múltiples hallazgos efectuados en este intrincado complejo es imprescindible el trabajo de ORTEGA MARTINEZ y MARTIN MERINO, 1986.

⁵⁷ URIBARRI y LIZ, 1973, pp. 71-72.

⁵⁸ *Ibidem*, pp. 72 y 74.

⁵⁹ PALOL, 1967, pp. 230-231 y fig. 5, b. En cambio, los materiales obtenidos por la Dra. Corchón en sus excavaciones en la Dolina de Palomera —otra de las zonas de Ojo Guareña— y depositados en el Museo Arqueológico de Burgos parecen asignables a los inicios de Cogotas I.

⁶⁰ CLARK *et alii*, 1979, p. 138.

⁶¹ CALLEJO SERRANO, 1958.

⁶² Según Ripoll y Moure no se debería excluir la posible correspondencia de alguna de las representaciones a una fecha postpaleolítica (RIPOLL y MOURE, 1969, pp. 570-571).

Almagro consideró estos materiales como de la Edad del Bronce Final y otras piezas tal vez al Bronce I Hispánico⁶³. Maluquer, por su parte, parece que propugnaba una datación eneolítica de algún objeto, como el brazal⁶⁴. En nuestra opinión, las cerámicas publicadas por Callejo corresponden a Cogotas I, reconociéndose al menos cinco vasos seguros: uno decorado con frisos de espigas, y tres fuentes carenadas con decoración incisa de espigas, zigzag, y espigas y zigzag respectivamente, de aspecto antiguo dentro de Cogotas I; y otro vaso, también con incisiones zigzagueantes combinadas con circuitos impresos en una composición metopada de aire más clásico.

Parece que se puede considerar, al menos como hipótesis más probable, la vinculación de los restos humanos y las cerámicas decoradas.

12. *Casal de las Tallas* o *Casal de Gato*. ALMEIDA DE SAYAGO (Zamora).

El P. Morán dió a conocer este sepulcro de corredor⁶⁵, del que la cámara se conservaba muy mal. Sus exploraciones le permitieron obtener algunos objetos líticos —un cuchillo, un hachita, dos cuentas seguramente de variscita, un prisma de cuarzo—, un puñal de lengüeta, de cobre, y diversas cerámicas, entre las que destacamos un cuenco completo, liso, y sobre todo un fragmento con ondas de Boquique, único testimonio seguro de la utilización del megalito en tiempos de Cogotas I⁶⁶.

13. *La Piedra Hincada*. BRIME DE URZ (Zamora).

En lo poco que restaba de este dólmen zamorano, el P. Morán⁶⁷ obtuvo una decena de fragmentos cerámicos; a través de su fotografía, vemos al menos dos fragmentos seguros de Cogotas I⁶⁸.

14. *San Adrián*. GRANUCILLO DE VIDRIALES (Zamora).

El dolmen, mal conservado ya en los años 30, fue excavado por el P. Morán, quien no pudo encontrar ningún vestigio de esqueleto. Entre los materiales recobrados había⁶⁹ un hachita, una afiladera, un prisma de cuarzo, una cuenta de mineral verde y veinticuatro fragmentos cerámicos, entre los que vemos dos —uno con ondas de boquique y otro con frisos horizontales y triángulos de la misma técnica— pertenecientes a Cogotas I⁷⁰.

15. *La Vega*. GRANUCILLO DE VIDRIALES (Zamora).

El P. Morán alcanzó a excavar en los restos de este dolmen, exhumando un hachita y nueve fragmentos cerámicos⁷¹, de los cuales cuatro pueden reconocerse como pertenecientes a otros tantos vasos de Cogotas I⁷².

⁶³ ALMAGRO BASCH, 1960^a, pp. 666 y 667.

⁶⁴ Carta de Maluquer, cit. en CALLEJO, 1958, p. 41.

⁶⁵ MORAN, 1935, pp. 21-24 y láms. IV, C y V, A.

⁶⁶ DELIBES, 1978, p. 238.

⁶⁷ MORAN, 1935, pp. 26-27 y láms. V, B y VI, A.

⁶⁸ DELIBES, 1978, p. 238.

⁶⁹ MORAN, 1935, pp. 28-30 láms. VI, B y VII, A.

⁷⁰ DELIBES, 1978, p. 238 y fig. 9, 1-2.

⁷¹ MORAN, 1935, pp. 31-32 y lám VII, B.

⁷² DELIBES, 1978, p. 238 y fig. 9, 3-6.

16. *Las Peñezuelas*. GRANUCILLO DE VIDRIALES (Zamora).

En lo que quedaba de este megalito, el P. Morán⁷³ obtuvo varias piezas de sílex —un par de láminas, una punta pedunculada y con aletas, un triángulo—, un cuarzo y diez fragmentos cerámicos, entre los que destacan los de al menos tres vasos de Cogotas I, exciso uno de ellos⁷⁴.

17. *Coto Alto*. LA TALA (Salamanca).

Para este yacimiento fronterizo entre Avila y Salamanca, muy mal conservado, López Plaza ha sugerido que pudiera corresponder, mejor que a un poblado, a un sepulcro destruido, ya fuese dolménico o bien de índole no megalítica⁷⁵. La hipótesis del megalito es compartida por Delibes y Santonja, quienes se apoyan en un dato toponímico del siglo XVI⁷⁶.

Este presunto sepulcro habría conocido la deposición de ajuares del Campaniforme Ciempozuelos, llegando incluso hasta la segunda mitad del segundo milenio, habida cuenta de los fragmentos cerámicos de al menos cuatro vasos correspondientes a momentos antiguos de Cogotas I, dos de ellos con Boquique y otro en el que hay una curiosísima combinación de espigas y surcos peñados⁷⁷.

18. *La Ermita*. GALISANCHO (Salamanca).

Las excavaciones recientemente realizadas por el Museo de Salamanca en este sepulcro de corredor, dotado de gran cámara y varios anillos peristálticos, han permitido obtener un abundantísimo lote de materiales —centenares de elementos líticos, miles de cuentas de collar, algunas piezas metálicas correspondientes al mundo de Ciempozuelos, etc.— entre los que reseñamos la existencia de cerámicas lisas, otras con decoraciones propias del calcolítico, incluyendo unos veinte vasos campaniformes, y algunos fragmentos con espigas incisas, pertenecientes al denominado Protocogotas I⁷⁸.

19. *El Turrión o La Veguilla I*. ALBA DE TORMES (Salamanca).

En la ribera izquierda del Tormes, sobre la terraza inferior, se hallan los restos de este sepulcro de corredor, destruido casi por completo en 1929 por labores de cantera y explorado por el P. Morán poco después. Los restos subsistentes han sido recientemente excavados por el Museo de Salamanca⁷⁹. Entre los cuantiosos materiales recobrados en la tierra removida en aquellas labores —más de mil cuentas de collar, doscientas puntas de flecha, microlitos, hachas pulimentadas, etc.— hay restos de más de doscientos recipientes cerámicos de cronología diversa, incluyendo campaniformes (marítimo-cordado y Ciempozuelos) y algunos pequeños fragmentos que parecen corresponder a Cogotas I, con decoración de Boquique.

20. *Santa Teresa I*. ROBLIZA DE COJOS (Salamanca).

Hoy solo quedan vestigios del túmulo de este sepulcro de corredor, en el que el P.

⁷³ MORAN, 1935, pp. 32-35 y lám. VII, C.

⁷⁴ DELIBES, 1978, p. 238 y fig. 9, 7-9.

⁷⁵ LOPEZ PLAZA, 1984.

⁷⁶ DELIBES Y SANTONJA, 1986, pp. 110-112.

⁷⁷ LOPEZ PLAZA, 1984, figs. 7-10; DELIBES y SANTONJA, 1986b, p. 112.

⁷⁸ DELIBES y SANTONJA, 1986b, pp. 70-75; SANTONJA, 1987, p. 208 y fig. 2, 6.

⁷⁹ Vid. DELIBES y SANTONJA, 1986b; pp. 21-24 y 181.

Morán halló un fragmento de molino y ocho fragmentos cerámicos⁸⁰, de los cuales hay uno con decoración de Boquique que parece corresponder a Cogotas I⁸¹.

21. Dolmen del *Prado de las Cruces*. BERNUY-SALINERO (Avila).

En la excavación de urgencia llevada a cabo por J. Fabián⁸² en este sepulcro de corredor —único megalito conocido en Avila— se han encontrado diversos materiales, citándose la presencia de cerámicas calcolíticas y también del Bronce Final. En concreto se señala la aparición, en una zona inmediata a la cámara, pero ya en el túmulo, de al menos quince fragmentos pertenecientes a Cogotas I, sin que conozcamos las características ni el número mínimo de vasos. Tales fragmentos son considerados por el excavador en relación con una intrusión.

YACIMIENTOS DUDOSOS.

22. *Cueva de Atapuerca*. IBEAS DE JUARROS (Burgos).

No vamos a referirnos a los restos humanos de los tramos II a IV de la Galería de Sílex, que parecen corresponder, a juzgar por los materiales cerámicos, al Neolítico Interior. Nuestro interés se centra en la existencia de otra galería superior, repetidamente citada por los investigadores de este yacimiento, de la que por un orificio se han deslizado materiales, formando un cono de deyección, sobre la Galería del Sílex⁸³. Lamentablemente, se ha excluido del estudio esa zona de deyección⁸⁴, cuyas cerámicas —al parecer diferentes de las del resto de la Galería⁸⁵— seguramente pueden relacionarse con las del potente nivel III de Cueva Mayor, que sabemos corresponden a todo el desarrollo de Cogotas I. En la primera publicación se señalaba que los restos funerarios del cono de derrubios responden a los enterramientos del grupo que habitaba Cueva Mayor «hasta el Bronce III, momento en que se produce la obstrucción de la Galería del Sílex»⁸⁶.

23. *Cueva Lóbrega*. TORRECILLA EN CAMEROS (La Rioja).

Esta caverna, una de la más nombradas en la bibliografía arqueológica de la primera mitad del siglo, ha sido excavada en diversas ocasiones —L. Lartet en 1865, algo antes Zubía, Garín en 1912, etc.— habiéndose realizado sondeos estratigráficos a comienzos de los 70 por M.^a S. Corchón, en cuya Memoria⁸⁷ podemos ver materiales que hoy asignamos al Neolítico Interior, Campaniforme y Cogotas I. En ninguna de las dos catas abiertas por esta investigadora aparecieron huesos humanos, lo cual seguramente se explica por la reducida extensión —2,25 m² y 1,56 m²— de las mismas. Téngase en cuenta que en la sala II, Lartet había encontrado dos mandíbulas y otros restos humanos mezclados con

⁸⁰ MORAN, 1935, p. 10; DELIBES y SANTONJA, 1986b, p. 98.

⁸¹ MORAN, 1935, lám. II B, 2; DELIBES y SANTONJA, 1986, p. 181.

⁸² FABIAN, 1988; IDEM, 1990.

⁸³ APELLANIZ y URIBARRI, 1976, pp. 18 y 146, APELLANIZ y DOMINGO, 1987, pp. 5-6.

⁸⁴ APELLANIZ y DOMINGO, 1987, pp. 11 y 243. Leyendo el apéndice de V. Galera sobre la antropología de los inhumados en la Galería del Sílex, parece que sí se han estudiado los restos humanos del tramo I (sala 2), correspondientes a enterramientos colectivos (*Ibidem*, cuadro p. 281 y p. 282).

⁸⁵ APELLANIZ y URIBARRI, 1975, p. 145.

⁸⁶ URIBARRI y APELLANIZ, 1975, p. 168.

⁸⁷ CORCHON, 1970.

cerámicas y huesos de fauna⁸⁸, a los que habría que añadir un cráneo de adulto y un esqueleto recién nacido obtenidos en un divertículo de la misma sala. Estos últimos vestigios parecen ser los de una mujer joven y un niño de veinte meses que pudo estudiar en París Hoyos Sainz, quien menciona otros restos de la colección Zubía⁸⁹. Este antropólogo señaló así mismo la dificultad de establecer la cronología de tales restos «por haber continuidad de todos los periodos prehistóricos»⁹⁰ si bien comparte la idea de que esta cueva camerana se transformó de habitación en funeraria «al llegar el período eneolítico y continuó posiblemente de funeraria en las edades del metal»⁹¹.

La reciente reinterpretación de los trabajos antiguos, efectuada por Ceniceros y Barrios⁹² ha clarificado la secuencia cultural del yacimiento, quedando pendiente la cuestión de las inhumaciones, que podrían pertenecer a unas u otras etapas⁹³. Por nuestra parte, señalaremos únicamente que en la sala II (la *chambre A* de Lartet), Corchón reconoció una estratigrafía con dos niveles: en el inferior hay sólo cerámicas campaniformes, y en el superior éstas coexisten con vasos de decoración de zigzag inciso/esgrafiado que consideramos pertenecientes a Cogotas I, como ocurre con el vaso con un tema exciso de dientes de lobo que aparece también en este nivel. Parece, pues, que las inhumaciones de Lartet deben relacionarse con el campaniforme o con Cogotas I, dando las cerámicas campaniforme la impresión de pertenecer más bien a un ambiente de habitación.

24. *La Tajada Bajera*. BEZAS (Teruel).

En la parte sur del yacimiento, al borde de un precipicio, hay un gran bloque de piedra cubriendo una angosta grieta natural, en la que Ortego⁹⁴ vió restos de un cierre de mam-postería. En la tierra que colmataba la grieta aparecieron huesos humanos —de la mano, vértebras, dientes y parte de los maxilares—, atribuyéndose a la erosión la ausencia de los restantes. Parece que se trataba de un individuo de unos cincuenta años, cuya cabeza probablemente descansaba sobre unas losetas, y que tal vez fue depuesto en dólmen lateral derecho⁹⁵.

Respecto a la cronología de esta inhumación, no es fácil pronunciarse. Ortego señala que recogió los fragmentos de una vasija con barroca decoración excisa, de boquique, línea cosida, etc., en una tierra cultivada precisamente al pie del mencionado precipicio⁹⁶, pero no podemos asegurar que la tumba fuese la sede de esa muy conocida vasija, tardía dentro de Cogotas I. En cambio, este autor menciona expresamente la presencia de «algún trozo de cerámica típica del Bronce», etiqueta que asigna a *toda* la cerámica encontrada en el yacimiento —salvo la excisa, acanalada y grafitada, que supone más modernas— y de ahí proceden nuestras dudas. Porque, si para nosotros es palmaria la pertenencia de buena parte de las cerámicas decoradas a Cogotas I, por ejemplo las que el investigador soriano reúne en la fotografía de su fig. 22, en cambio vacilamos en considerar este yacimiento como estación de Cogotas I. En efecto, la situación geográfica y buena parte de las cerámi-

⁸⁸ LARTET, 1866, p. 12.

⁸⁹ HOYOS SAINZ, 1943.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 508.

⁹¹ *Ibidem*, p. 509.

⁹² CENICEROS Y BARRIOS, 1988.

⁹³ *Ibidem*, p. 98.

⁹⁴ *Vid.* ORTEGO, 1951, pp. 455-488.

⁹⁵ Si la erosión se ha llevado buena parte de los huesos y subsisten «el frente y costado derecho de un maxilar inferior» (*Ibidem*, 1951, p. 482), ello podría explicarse precisamente porque el esqueleto se hallase colocado de la forma que suponemos.

⁹⁶ *Ibidem*, p. 481.

cas (los fragmentos lisos carenados, y los decoradas con mamelones, cordones con impresiones digitales, etc.) han propiciado su alineación con el Bronce Valenciano⁹⁷.

25. *Cabezo Redondo*. VILLENA (Alicante).

La realización de labores de cantera efectuadas en este yacimiento provocaron a comienzo de los años cincuenta la destrucción de un enterramiento que pudo documentar Soler⁹⁸, quien recuperó fragmentos óseos y un espiral áureo, mencionando también la presencia «entre la tierra amontonada en la destrucción de este enterramiento» de varias conchas perforadas y fragmentos cerámicos correspondientes al menos a dos vasos, uno con decoración excisa y otro espigas incisas dispuestas en un damero. La relación del primero con Cogotas I fue señalada ya por Molina y Arteaga⁹⁹, y recientemente González Prats ha insistido en la filiación cogotense del otro, paralelizándolo con algunos vasos de Los Tolmos, el Alto de Yecla o la Cueva de la Vaquera¹⁰⁰.

Nuestra renuencia a la inclusión del Cabezo Redondo en el inventario de yacimientos funerarios de Cogotas I procede de dos aspectos. En primer lugar, hay dudas razonables acerca de la asociación de las cerámicas a la inhumación: el propio Soler precisaba en otro lugar que el hallazgo de tales cerámicas, y de otros vestigios, se produjo entre «las tierras de los alrededores, en gran parte amontonadas por los canteros al descubrir la roca que abrigaba el enterramiento»¹⁰¹. Por otra parte, este cabezo villenense tampoco parece que pueda ser considerado como poblado de Cogotas I, sino del Bronce Valenciano con fuerte matiz argárico¹⁰², que habría sido alcanzado por influencias meseteñas de intensidad desconocida. Sin descartar totalmente otras posibilidades, excluimos Villena de nuestro inventario, toda vez que parece tratarse más bien de un caso de «importación» de cerámicas cogotenses, correspondiendo tal vez la tumba en cuestión a un indígena de alto status¹⁰³.

26. *La Fábrica de Ladrillos*. GETAFE (Madrid).

En este yacimiento se ha mencionado, hace ya siete años, la existencia de «algunos enterramientos de inhumación e incineración»¹⁰⁴ desconociéndose hasta el momento los detalles de tan importantes hallazgos. Posteriormente, y sin que se hayan dado a conocer nuevos datos sobre los anteriores, se ha publicado otra noticia de la misma índole, relativa a «un enterramiento de incineración localizado en el corte Este, fuera del ámbito de la

⁹⁷ Para Ruiz Zapatero los materiales pueden agruparse en tres horizontes: el primero —con cerámicas lisas y cordonadas— correspondería a un Bronce Medio Local relacionado con el Bronce Valenciano por ciertos perfiles carenados y fragmentos de quesera; el segundo, con los fragmentos decorados de Cogotas I; y el tercero, con materiales de tipo Campos de Urnas (RUIZ ZAPATERO, 1985, p. 461). Pero las cerámicas del primer horizonte no difieren de las que acompañan a las de Boquique, etc. en las estaciones del más clásico Cogotas I.

⁹⁸ SOLER GARCIA, 1953, pp. 39-49.

⁹⁹ MOLINA y ARTEAGA, 1976, p. 189

¹⁰⁰ GONZALEZ PRATS, 1988.

¹⁰¹ SOLER GARCIA, 1960, p. 6.

¹⁰² Sobre la problemática ubicación del yacimiento, *vid.* HERNANDEZ PEREZ, 1985, p. 116; GIL-MASCARELL y ENGUIX, 1986, pp. 422-423.

¹⁰³ Se trata seguramente de un fenómeno análogo al de la tumba 3 de Tapado da Caldeira (*vid.* nota 11); pero, a diferencia de la estación portuguesa, el Cabezo Redondo ha entregado una cierta cantidad de materiales de Cogotas I. Por eso, como hemos hecho también con la Tajada Bajera, lo incluimos en el inventario, aunque sea con dudas, concediendo alguna posibilidad de que se haya producido una incidencia cogotense de mayor calado, a la manera de la Cuesta del Negro de Purullena.

¹⁰⁴ PRIEGO y QUERO, 1983, p. 302.

excavación, y destruido a consecuencia del desmonte causado por la excavadora. Aunque desprendido de su emplazamiento originario, todavía pudimos recoger cuatro piezas: una vasija, una pequeña cazuela, un cuenco y un vaso»¹⁰⁵.

A la espera de la publicación de la evidencia arqueológica, dejamos este yacimiento sin incluir como seguro en el inventario de yacimientos *funerarios* de Cogotas I, como haremos con los dos siguientes.

27. *Arenero de Soto*. PERALES DEL RIO, GETAFE (Madrid).

En este yacimiento ubicado en el Km. 7 de la carretera de S. Martín de Vega, se han excavado¹⁰⁶ veintiocho hoyos rellenos de materiales característicos de Cogotas I. El hoyo 15, de 134 cms. de diámetro, 1,84 cms. en la superficie y tan solo 20 cms. de profundidad proporcionó escaso material: 31 fragmentos cerámicos —uno de ellos con decoración incisa y de boquique—, 8 huesos de fauna y una mano humana en conexión anatómica.

28. *El Negrlejo*. RIVAS-VACIAMADRID (Madrid).

Sobre una terraza de la margen derecha del Jarama se han excavado¹⁰⁷ treinta y cinco hoyos con el habitual relleno de desechos cerámicos, óseos, etc. El hoyo 9, del que se conservaba una potencia de 40 cms., tenía un diámetro de 108 cms. en la parte alta y 208 cms. en la base. Parcialmente destruido por labores de explanación, entregó 233 fragmentos cerámicos, algunos de los cuales tenían decoración de boquique, incisión, impresión, etc., a más de 129 lascas de sílex y un nutrido lote de huesos. El análisis faunístico permitió la identificación de diversas especies domésticas —vaca, oveja, cabra, cerdo y perro— y salvajes —ciervo, conejo y lobo— reconociéndose además la presencia de cinco incisivos y un fragmento de neurocráneo humanos.

* * *

A la vista de algunos de los yacimientos inventariados, podrá objetarse de inmediato su discutible pertenencia al ámbito cultural de Cogotas I, ya que no han proporcionado las cerámicas más típicas de esta cultura, sino otras, ciertamente carenadas y de pastas cuidadas, pero que ostentan decoraciones bastante sencillas, especialmente de zigzag inciso junto al borde y a la carena. Debemos por tanto justificar nuestra posición al respecto.

En esta discusión podríamos utilizar denominaciones como *cerámica de dientes de lobo*, siguiendo a Aguilera, el primer investigador en tratar conjuntamente un cierto número de yacimientos, a caballo del Sistema Ibérico, donde se registra su presencia¹⁰⁸; o la de *horizonte de las incisas* que propone Ruiz Zapatero¹⁰⁹: pero dado su carácter poco preciso, y aun equívoco, seguramente sería más conveniente hablar de horizonte de Cueva Lóbrega, atendiendo al más antiguo descubrimiento¹¹⁰ o, mejor, de horizonte de Berbeia. Porque, en efecto, fueron

¹⁰⁵ PRIEGO, 1984, p. 194.

¹⁰⁶ MARTINEZ NAVARRETE y MENDEZ MADARIAGA, 1983.

¹⁰⁷ BLASCO BOSQUED, 1982; IDEM, 1983; IDEM, 1987, p. 100.

¹⁰⁸ AGUILERA, 1980, pp. 91-95.

¹⁰⁹ RUIZ ZAPATERO, 1984.

¹¹⁰ Reconocemos cerámicas de esta clase en BOSCH GIMPERA, 1915, fig. 5 y lám. IX, 6 y 7.

las de este castro alavés las primeras en ser consideradas como pre-Cogotas I, en un trabajo de Romero¹¹¹, e inmediatamente después utilizadas en la discusión del *proto-Cogotas I* por Delibes y Fernández Manzano¹¹². También podría decirse cerámica esgrafiada, porque en muchos casos la incisión se hizo cuando la pasta estaba casi seca —en «estado de cuero»¹¹³— antes de la cocción¹¹⁴, pero al existir ya otras cerámicas esgrafiadas en la Prehistoria peninsular —en el neolítico valenciano, por ejemplo— y no siendo ésta la única modalidad técnica registrada en las cerámicas que nos ocupan, preferimos simplemente decir *cerámicas incisas tipo Cueva Lóbrega/Berbeia*.

La valoración que tales cerámicas han recibido ha sido variada. Si nos referimos únicamente a los trabajos de conjunto, posteriores a 1980, vemos como Aguilera apunta hacia una datación en el Bronce Medio-Final¹¹⁵. Profundizando en el estudio de los yacimientos reunidos por Aguilera, Ruiz Zapatero propone su correspondencia a un Bronce Final local¹¹⁶, a una facies local de cerámicas incisas cuyo desarrollo sería coincidente con Cogotas I, si bien admite también la posibilidad de que algunas estaciones, como Covarrubias o la Cueva del Asno, pertenezcan —por la ausencia de Boquique y excisión— a un «sustrato local de B. Medio-B. Final»¹¹⁷. Se aproxima así a la posición mantenida en el mismo Congreso de Soria por Jimeno, quien situaba la Cueva del Asno en un Bronce Medio tipificado en Los Tolmos¹¹⁸.

Fernández-Posse ha prestado bastante atención a estas cerámicas, caracterizándolas en cuanto a formas y decoraciones, y precisando su distribución en la zona de contacto entre el oriente de la Meseta y el Valle del Ebro, aunque también en la cuenca del Tajo¹¹⁹. En su opinión, pertenecen a un horizonte local, del Bronce Medio, intermedio entre el Campaniforme y Cogotas I, con cuyos primeros momentos podría haber llegado a coincidir¹²⁰. En su última síntesis, esta investigadora insiste en la idea de un «Bronce Medio local que se superpone al campaniforme y termina entrando en contacto con Cogotas I», un «todavía oscuro Bronce

¹¹¹ ROMERO, 1980, p. 142.

¹¹² DELIBES y FERNANDEZ MANZANO, 1981, p. 65.

¹¹³ AGORRETA *et alii*, 1975, p. 262.

¹¹⁴ Apellániz se ha referido repetidamente a estas incisiones hechas sobre la pasta casi seca antes de ser cocida (APELLANIZ, 1973, p. 104) o mejor «cuando está lo suficientemente seca como para que se note la dificultad de incidir» (IDEM, 1974, p. 279), dificultad que a veces produce el efecto «flameante» (y hasta «alfabetiforme») de los zigzag, e incluso una cierta confusión con el procedimiento de excisión (por ejemplo, a propósito de un fragmento de S. Miguel de Pancorbo, ABASOLO y RUIZ VELEZ, 1980, p. 511, fig. 4, 13). En El Negralejo se advertía que estas incisiones que apenas suponen un ligero arañazo parecen hechas una vez cocido el recipiente (BLASCO, 1983, p. 123).

¹¹⁵ AGUILERA, 1980.

¹¹⁶ RUIZ ZAPATERO, 1984, pp. 176-177 y fig. 4.

¹¹⁷ *Ibidem*, p. 176.

¹¹⁸ JIMENO, 1984a, p. 39-40. Más claramente alinea Covarrubias con Los Tolmos en IDEM, 1984b, p. 54.

¹¹⁹ FERNANDEZ-POSSE, 1981, p. 77.

¹²⁰ *Ibidem*, pp. 76-78.

Avanzado que (...) tiene una raigambre al menos tan antigua como la de Cogotas I»¹²¹.

De unos y otros trabajos viene a desprenderse la impresión de que estamos ante un mundo diferente, paralelo a Cogotas I.

Por nuestra parte, creemos factible una interpretación algo diferente de estas cerámicas¹²², basándonos en la concepción de Cogotas I como una cultura formada mediante la conjunción o integración de bases heterogéneas, idea que se debe precisamente a Fernández-Posse¹²³. El aspecto de tales cerámicas y el análisis de los yacimientos donde aparecen nos llevan a sugerir que constituyen uno más de los elementos conformadores —mejor que transicionales— perfectamente análogo a los representados en Cogeces o Caracena. Nos basamos en los aspectos siguientes:

a) La gran semejanza entre las amplias y cuidadas fuentes carenadas a las que corresponde buena parte de los fragmentos en cuestión y las de los «horizontes» de La Plaza y Los Tolmos.

b) La propia organización decorativa, en frisos inmediatos al borde y la carena, a veces ligados por elementos verticales, por no decir en auténticas metopas de líneas quebradas, organización que resulta tan próxima a la de esos puntos de referencia repetidamente citados¹²⁴.

c) La presencia de ejemplares idénticos en sitios muy lejanos, cubriendo una amplia zona de dispersión... que es la de Cogotas I. Así, un curioso cuenco de borde remetido, con decoración de doble zigzag cercano al labio, aparece en Vitoria (El Batán)¹²⁵ y Alcalá de Henares (Ecce Homo)¹²⁶; entre las fuentes carenadas, anotamos las que se decoran con tres líneas de zigzag —junto al borde y encima y debajo de la carena— en Castilviejo de Yuba¹²⁷ y Covarrubias de Ciria¹²⁸, en un arenero madrileño¹²⁹ y en el propio cerro del Berrueco¹³⁰; la decoración de ziszás en el borde y la carena unidos por una metopa de pequeñas series del mismo tema, se ha visto en Ojo Guareña¹³¹, en la Cueva del Asno¹³²,

¹²¹ IDEM, 1986, p. 483. La posición de esta investigadora se expresa gráficamente en su fig. 4 en la que se aíslan estas cerámicas, distanciándolas totalmente de las de la fig. 1.

¹²² Aunque no se refieren expresamente a estas controvertidas cerámicas, otros trabajos vienen a apuntar en la misma dirección. Así, F. J. González-Tablas incluye Berbeia, Yuba, etc. en el Proto-Cogotas I (GONZALEZ-TABLAS, 1986, pp. 270 y 275); por su parte, C. Blasco incluye los materiales madrileños de Zarzalejo, Los Vascos, etc., en la facies Cogeces (BLASCO BOSQUED, 1987, pp. 95-96). *Vid.* también, BLASCO *et alii*, 1985, p. 12.

¹²³ FERNANDEZ-POSSE, 1986.

¹²⁴ La propia Dra. Fernández-Posse decía que el «espíritu decorativo» de estas cerámicas «no parece... muy lejano al de Cogotas I» (FERNANDEZ-POSSE, 1981, p. 77).

¹²⁵ LLANOS y FERNANDEZ MEDRANO, 1968, fig. 3.3.

¹²⁶ ALMAGRO-GORBEA y FERNANDEZ GALIANO, 1980, fig. 26, 3B/1.

¹²⁷ ORTEGO, 1961, fig. 11.

¹²⁸ IDEM, 1969, fig. 9.

¹²⁹ MENDEZ MADARIAGA, 1982, fig. 7, 2 (Arenero del Km. 7 de la carretera de Andalucía).

¹³⁰ MORAN, 1924, lám. XIV, B.

¹³¹ OSABA, 1966, fig. 14, 2.

¹³² EIROA, 1979, N.º 17.

pero también en Los Tolmos¹³³, en Quintanadueñas¹³⁴ y Alhama de Aragón¹³⁵. Por último, la composición a base de zigzag junto al borde y triángulos rayados que se asientan sobre la carena se detecta en las cuevas Lóbrega¹³⁶, del Asno¹³⁷ y de la Vaquera¹³⁸, y además en Calatayud¹³⁹ y en los yacimientos madrileños de La Aldehuela¹⁴⁰ y Los Vascos¹⁴¹.

d) La fusión de elementos decorativos que pudieran pasar por característicos de los diversos horizontes. Por ejemplo, en el Alto de Yecla, junto a Santo Domingo de Silos, vemos un vaso en el interior de cuyo borde se amalgaman el zigzag inciso y los triángulos colgados y rellenos de retícula¹⁴². En el otro confín de la Meseta, en el yacimiento zamorano de Pozoblanco (Cazurra), los triángulos reticulados cuelgan del borde interno de una cazuela decorada con espigas¹⁴³. En los Tolmos hay un vaso con espiga y en cuyo interior los triángulos están rellenos... de espiga¹⁴⁴. Finalmente, en Ecce Homo hay una fuente carenada con decoración de zigzag, motivos de espiga y triángulos rellenos de reticulado inciso¹⁴⁵.

e) Nos parece decisiva la comparecencia conjunta de nuestras cerámicas incisas y las indiscutiblemente atribuidas al Proto e incluso a Cogotas I, que se produce en un buen número de estaciones, si bien habrá que probar estratigráficamente dicha coexistencia: recordamos Pancorbo¹⁴⁶, Cabañes¹⁴⁷, San Martín de Ubierna¹⁴⁸, El Blanquillo de Quintanadueñas^{148bis}, Castilviejo de Yuba¹⁴⁹, La Barbolla¹⁵⁰, Alhama de Aragón¹⁵¹, Los Castillos de Almantes¹⁵², el Alto de Yecla¹⁵³, El

¹³³ JIMENO, 1984b, fig. 139, 1.334.

¹³⁴ DELIBES y ESPARZA, 1985, p. 161.

¹³⁵ ESTEVE GALVEZ, 1944, lám IV, 4.

¹³⁶ BOSCH GIMPERA, 1915, fig. 5 y lám IX, 6.

¹³⁷ EIROA, 1979, lám 5, B.

¹³⁸ ZAMORA, 1976, fig. VIII, 75.

¹³⁹ FERNANDEZ-POSSE, 1986, fig. 4, 5.

¹⁴⁰ FERNANDEZ OCHOA y RUBIO DE MIGUEL, 1980, lám. III, 1.

¹⁴¹ FERNANDEZ-POSSE, 1986, fig. 4, 11.

¹⁴² DELIBES, 1988, fig. 17, 11.

¹⁴³ MARTIN VALLS y DELIBES, 1975, Fig. 6, sup. Probablemente hay triángulos como los de este vaso, incompletamente reticulados, en una fuente decorada con espigas del Alto de Yecla (DELIBES, 1988, fig. 17, 10).

¹⁴⁴ JIMENO, 1984b, fig. 142, 1.399.

¹⁴⁵ ALMAGRO-GORBEA y FERNANDEZ GALIANO, 1980, fig. 34, S 60.

¹⁴⁶ ABASOLO y RUIZ VELEZ, 1980, fig. 4. Carta 1974, fig. 15, 4.

¹⁴⁷ BOHIGAS *et alii*, 1984, p. 49 y fig. VII, 1-10 (El fragmento de fuente carenada con zigzag inciso es el n.º 5).

¹⁴⁸ CAMPILLO, 1988.

^{148bis} *Vid.* algunos materiales de este yacimiento en DELIBES y ESPARZA, 1985, p. 161.

¹⁴⁹ ORTEGO, 1961, figs. 11 y 12.

¹⁵⁰ En este castro se han realizado algunas catas (JIMENO y FERNANDEZ MORENO, 1983), señalándose la inexistencia de estratigrafía. Pero parece tratarse de un único nivel, en el que abundan las cerámicas de boquique, documentándose un fragmento exciso, otro con triángulos rellenos como los de Los Tolmos y dos de tipo Berbeia (*Ibidem*, fig. 6, 44).

¹⁵¹ ESTEVE GALVEZ, 1944, lám. IV, 4.

¹⁵² FERNANDEZ-POSSE, 1986, fig. 4,5.

¹⁵³ DELIBES, 1988, figs. 15-17 y lám. XII.

Berruoco¹⁵⁴, y tal vez la Mesa de Carpio¹⁵⁵; además, el Abrigo A de Rio Losa¹⁵⁶, o las cuevas de Atapuerca¹⁵⁷, Ojo Guareña, Tino, La Vaquera y Maltravieso. Esta última, donde se hallaron decoraciones de zizás y espiguillas, presenta particular interés, por su posición geográfica, mucho más allá de los yacimientos madrileños donde llamaba la atención la presencia de las incisiones tipo Berbeia.

f) Especial interés revisten los yacimientos en los que, más allá de la coincidencia, puede hablarse de verdadera asociación de unas y otras cerámicas: Así, en El Negrалеjo¹⁵⁸; en Solacueva de Lacoymonte, en cuyo nivel VII aparecen una cazuela tipo Berbeia y un vaso troncocónico con Boquique y excisión¹⁵⁹; en el propio castro de Berbeia; donde los fragmentos típicos se acompañan de otros con espiga o circulitos impresos¹⁶⁰; en la cueva palentina de El Espino¹⁶¹; en Ecce Homo¹⁶²; y, especialmente, en Los Tolmos de Caracena. Este es un caso bien expresivo, porque de la misma forma que se han recogido vasos muy semejantes los de Cogeces¹⁶³, hay también recipientes ornados con sencillo zigzag¹⁶⁴. ¿Hemos de suponer, por tanto, que en el único nivel prehistórico de este yacimiento se entremezclan tres horizontes completamente distintos? ¿No es más lógico considerar que *todas* las formas y decoraciones registradas son igualmente características de los momentos tempranos de Cogotas I? No sería extraño que la realización de excavaciones rigurosas y amplias nos deparase repetidamente un panorama como el de Los Tolmos, según pone de manifiesto la reciente publicación de la Me-

¹⁵⁴ Vid. nota 37.

¹⁵⁵ MARTIN VALLS y DELIBES, 1972, frags. 6 y 7. En esta última página, el fragmento n.º 19 parece muy semejante a los del pretendido «horizonte de las incisas».

¹⁵⁶ NOLTE, 1971, pp. 361-362.

¹⁵⁷ Vid. en CLARK, 1979, fig. 74, n.º 14 (3) y 15, los fragmentos tipo Berbeia del sondeo de Clark, donde no salió Boquique. Según Apellániz, esto responde a lo limitado de la excavación, ya que posteriormente sí ha aparecido Boquique en el área por él excavada junto al sondeo citado (*Ibidem*, pp. 159 y 181).

¹⁵⁸ BLASCO, 1983. El fragmento más interesante (fig. 5, a) parece de procedencia superficial. Hay otros de tipo Berbeia (fig. 7, 10-12) acompañados en el hoyo 5 por con triángulos.

En este hoyo, es cierto, no hay ninguna representación de la técnica de Boquique, por lo que cabría admitir que contiene los materiales más antiguos del yacimiento; en todo caso, dichos materiales sería del Cogotas I formativo, con paralelos exactos, p. ej., en Los Tolmos (*Cf.* fig. 7, 14 con JIMENO, 1984, fig. 142, 1.389).

¹⁵⁹ APELLANIZ, 1973, fig. 75A (y 75B).

¹⁶⁰ AGORRETA *et alii*, 1975, lám. XX.

¹⁶¹ Entre los materiales obtenidos en las excavaciones (SANTONJA *et alii*, 1982), donde predominan las cerámicas asignables sin rodeos a Cogotas I, vemos —recogidos en superficie— una cazuela de tipo Cogeces (fig. 22, 14) y fragmentos con zigzag inciso (fig. 22, 1-8). En la capa de fondo del relleno del hoyo del sector I hay un fragmento con zigzag (fig. 14, 19) con otro que lleva la típica línea cosida (fig. 14, 14); y en la capa superior de dicho relleno coinciden un fragmento inciso (fig. 14, 11) y otro con boquique (fig. 14, 3).

¹⁶² Destacamos la coexistencia del vaso antes citado (nota 126) con un fragmento que lleva una decoración muy conocida en distintos yacimientos de Cogotas I (ALMAGRO-GORBEA y FERNANDEZ GALIANO, 1980, fig. 26, 3B3).

¹⁶³ JIMENO, 1984b, frags. n.º 414, 417, 1.281-82, 1.388, 1.402, 1.408-09, 1413, 1415 y sobre todo, el n.º 1.356.

¹⁶⁴ *Ibidem*, n.º 410, 415bis, 420, 1.280, 1.334, 1.349, 1.365 y 1.374.

moria de las efectuadas en Moncín¹⁶⁵. Aquí, aparte de otros fragmentos menos aprovechables por su peculiar situación estratigráfica¹⁶⁶, puede destacarse que un vaso tipo Berbeia convive con otros decorados con espiguillas, Boquique, excisión, etc. en un nivel de la fase IIA¹⁶⁷, esto es, en el Bronce Tardío/Final.

No vemos, pues, justificado hacer tres grupos o facies —Cogeces, Los Tolmos y Cueva Lóbrega/Berbeia— radicalmente diferentes. Los yacimientos conocidos nos enseñan que los materiales que los caracterizarían se entremezclan, produciéndose mapas de dispersión con claros solapamientos; además, esos materiales llegan a conectar con los que son propios de la plenitud de Cogotas I. Digámoslo sin ambages: el «horizonte de las incisas» es indistinguible del de Los Tolmos, y éste e tan Proto-Cogotas I como el de Cogeces¹⁶⁸.

En definitiva, somos partidarios de considerar una profunda unidad cultural en la que, eso sí, se advierten ciertas tendencias evolutivas y determinados matices locales: en las producciones vasculares de algunas zonas, el acento recae inicialmente sobre las espigas, mientras que en otras hay un gusto marcado por los ziszás y los triángulos, pero unas y otras acabarán confluyendo en el Cogotas I «clásico».

Otra objeción al inventario de yacimientos afectaría a los restos humanos recobrados en el interior de sendos hoyos del Arenero de Soto y de El Negrалеjo, cuyo carácter funerario no es nada claro, por lo que también merecen consideración aparte.

Podríamos estar, ciertamente, ante verdaderas inhumaciones primarias casi completamente destruidas. Recordemos, en favor de tal interpretación, que en ambas estaciones se han producido intervenciones modernas que han supuesto el arrasamiento¹⁶⁹, conservándose los hoyos en una parte seguramente mínima. Sin embargo, en el Arenero de Soto resulta escasamente creíble que la destrucción de la parte superior de una hipotética tumba haya respetado única y exclusivamente los huesecillos conexos de una mano del difunto. Dígase otro tanto de los huesos encontrados en El Negrалеjo —un fragmento neurocraneal y cinco incisivos— no fácilmente justificables por conservación diferencial.

Este mismo argumento de la tipología de los huesos hallados entendemos que excluye también otras posibilidades, como la de que testimonien la realización

¹⁶⁵ HARRISON *et alii*, 1987.

¹⁶⁶ Por ejemplo, el n.º 86, que va con otros de Boquique, pero el nivel en que aparecen es de relleno del foso romano; o también los n.ºs 298 y 350, hallados en el relleno de los silos F3 y F18, aunque éstos pertenecen al Bronce Tardío y Final.

¹⁶⁷ *Ibidem*, n.ºs 201, 200-206 (espiga), 213 a 215 (boquique) y 218 (Corte I, nivel 3).

¹⁶⁸ La identificación entre Los Tolmos y Cogeces se apuntaba ya en DELIBES y FERNANDEZ MANZANO, 1981, p. 66; de forma explícita en DELIBES y ESPARZA, 1985, p. 151. Un trabajo de González Prats a propósito de una cerámica del Cabezo Redondo de Villena (GONZALEZ PRATS, 1988) vendría a apoyar esa línea.

¹⁶⁹ En El Negrалеjo, la explanación parece haber rebajado el terreno en algo más de un metro en esa zona donde estaba el hoyo 9. En cuanto al Arenero de Soto, se ha señalado que los obreros rebajaron sólo 15 ó 20 centímetros, pero a juzgar por las profundidades de los hoyos —de 27 a 92 cms. los circulares y de 20 a 54 los ovales— sospechamos que éstos habían perdido ya desde antiguo su parte superior.

de inhumaciones secundarias¹⁷⁰: como tales pueden interpretarse ciertos restos humanos hallados en hoyos calcolíticos del área madrileña¹⁷¹, pero los ahí recogidos —medio cráneo en uno de Ciempozuelos, cuatro epífisis de fémur en tres hoyos de Cantarranas— parecen por su tipología prueba mucho más contundente.

Finalmente, tampoco está clara la correspondencia de los dos yacimientos en cuestión con fenómenos de exclusión social¹⁷², canibalismo, etc. Si en el caso de El Negrалеjo es indiscutible que han recibido el mismo tratamiento, como desechos, que los restos faunísticos¹⁷⁴, ello nos parece condición necesaria, pero no suficiente, para hablar de antropofagia. Y la mano del Arenero de Soto podría ponerse en relación con un «simple» episodio de amputación, accidental o intencional, por razones terapéuticas¹⁷⁵ u otras.

En definitiva, la presencia de estos huesos humanos, independientemente de que perteneciesen bien a inhumaciones o bien a individuos insepultos se relaciona con la irresuelta problemática de la funcionalidad de los «hoyos» y del relleno que presentan: buena parte de los de Cogotas I, por encima de su finalidad originaria y la variedad tipológica correspondiente, se nos muestran colmatados por un relleno que parece corresponder a reiterados vertidos de basuras de índole diversa, encaminado al cierre de los agujeros excavados¹⁷⁶ y virtualmente aprovechable como abono.

Consideraciones sobre las prácticas funerarias.

Sobre la base de los yacimientos inventariados, difícilmente puede realizarse un estudio con ambiciosos objetivos, por ejemplo los de la denominada «Arqueología de la Muerte». Pero la calidad de los datos obtenidos en la mayor parte de los sitios no impide —antes bien, impone— realizar algún ensayo de reconocimiento de tendencias.

a) *El número de los enterrados*

Sorprende, en un primer momento, el recurso compartido a la inhumación in-

¹⁷⁰ Así se apunta en BLASCO, 1982, p. 125.

¹⁷¹ MARTINEZ NAVARRETE, 1987, pp. 77 y 79.

¹⁷² Así, en Ensérune se ha considerado la posibilidad de que los inhumados en «silos» fuesen víctimas de asesinatos, suicidios, etc., aunque en este caso su elevado número parece apuntar más bien hacia otros factores —militares, religiosos, higiénicos— modificadores de las costumbres funerarias (GALLET DE SANTERRE, 1980, pp. 157-158). Sobre la exclusión social, *vid.* también la nota 205 bajo estas líneas.

¹⁷⁴ Recordemos que los restos humanos, mezclados con otros abundantísimos de animales, sólo fueron reconocidos como tales al realizar el Dr. Morales el análisis faunístico.

¹⁷⁵ Aguardamos la publicación del estudio especializado de esta mano, que podría alinearse con otros testimonios de la misma índole, como el fémur infantil hallado en el yacimiento calcolítico del Cerro de Juan Barbero, también en Madrid, posiblemente relacionado con la amputación quirúrgica de la pierna (MARTINEZ NAVARRETE, 1987, p. 73). La realización de este tipo de intervenciones parece probada ya en el Neolítico Medio-Final (LE MORT y DUDAY, 1987).

¹⁷⁶ HARRISON *et alii*, 1987, p. 26.

dividual y al depósito colectivo. Sobre este último no pueden decirse muchas cosas, porque la información relativa a megalitos y cuevas apenas permite sino referencias ceramológicas. En cambio, parece entreverse algún rasgo de interés en las fosas.

Se podría señalar, por ejemplo, que la pauta funeraria característica de éstas es la inhumación individual, y ello a despecho de los casos de San Román y Los Tolmos B. Porque en nuestra opinión las tumbas triples de ambas estaciones no hacen sino confirmar, como excepciones, la regla que se apunta. A partir de lo observado en diversas culturas arqueológicas, y sin que pretendamos proponer una «ley intercultural», anotamos que las tumbas triples menudean en contextos donde habitualmente se entierra de forma individual¹⁷⁷. El carácter triple parece deberse a circunstancias relativamente extraordinarias¹⁷⁸ que han afectado simultáneamente¹⁷⁹ a varias personas, seguramente vinculadas por lazos familiares¹⁸⁰.

b) *La posición de inhumación*

Como puede verse en el cuadro 1, aunque contamos con diez enterramientos con un mínimo de información, lamentablemente no disponemos de todos los datos necesarios para una aplicación adecuada de pruebas estadísticas. Así, se ha determinado —con más o menos seguridad— el sexo del difunto en todos los casos, pero

¹⁷⁷ La dificultad de la búsqueda bibliográfica de tumbas de este tipo impide realizar un tratamiento estadístico; pero en nuestra exploración hemos observado esta vinculación en muy diversos ámbitos. Citamos, por ejemplo, las observaciones de esta índole en el campaniforme bohemio (MOUCHA, 1958), en Rinaldone (RITTATORE VONVILER, 1974, p. 255) o en las culturas de Monteoru, Unetice y Nordcarpática (GIMBUTAS, 1965, pp. 228, 259 y 465). En la P. Ibérica mencionaremos sólo los ejemplos recogidos en la cultura argárica, para la que se han señalado tumbas triples en La Bastida (RUIZ ARGILES y POSAC MON, 1956, p. 74), en la Cuesta del Negro (*cit.* en LULL, 1983, p. 367) y en el Castellón Alto de Galera (MOLINA *et alii*, 1986, p. 358). El hoyo de la Loma del Lomo (Cogolludo), con una mujer y tres niños (VALIENTE MALLA, 1987, pp. 135-136) sería otro caso particular de la misma problemática.

¹⁷⁸ En la bibliografía que hemos manejado se sugieren accidentes y catástrofes —ahogamiento, rayo, incendio, terremoto, etc.— o bien enfermedades. Por el momento no tenemos ningún dato en tal sentido sobre esqueletos de Cogotas I.

¹⁷⁹ Como un enterramiento triple puede formarse también por acumulación, habrá que insistir en la necesidad de afinar en las observaciones probatorias del carácter simultáneo de las tumbas triples: téngase en cuenta que, en ocasiones, inhumaciones sucesivas podrían detectarse simplemente por una tenue discontinuidad en el contorno de la fosa, correspondiente al recorte realizado en los diversos enterramientos. El problema es a veces especialmente difícil, por ejemplo, el enterramiento en grieta de El Rebolcat, en Alcoy, correspondiente al HTC o al Bronce Antiguo (TRELIS y VICENS, 1986, p. 109), o la posible inhumación triple de época campaniforme que ha podido entreverse en el túmulo del Paso de la Loba, en Burgos (ROJO, 1989).

¹⁸⁰ La existencia de la familia nuclear, a partir del entierro simultáneo de hombre, mujer y niño, se ha propuesto ya para Dolni Vestonice, pero sobre todo para tumbas de la Prehistoria Reciente, por ejemplo la italiana de Ponte San Pietro (RITTATORE VONVILLER, 1974, p. 255), correspondiente a la fase de Rinaldone; o la de Ras el Basit, del Bronce Reciente de Siria (COURBIN, 1980). La frecuencia de estas tumbas con posterioridad al apogeo de los enterramientos colectivos sería un indicio de cambio social, del paso de una estructura clánica hacia fórmulas basadas en la familia nuclear.

	EDAD					SEXO		POSICION		ORIENTACION		TIPO DE TUMBA					AJUAR							
								DECUBITO									AJUAR							
	FETO	BEBE	NIÑO	JOVEN	ADULTO	M	F	DERECHO	IZQUIERDO	SOBRE LA ESPALDA	PIERNAS FLEXIONADAS	GENERAL	MIRA AL	FOSA	POZO	CUEVA	DOLMEN	HUESOS DE FAUNA	PRISMAS DE CUARZO	LISA	CERAMICA	DECORADA	ELEMENTOS METALICOS	
RENEDO							o							o										
SAN ROMAN 1									•	•	NW-SE	E												•
SAN ROMAN 2									•	•	NW-SE	W		•										
SAN ROMAN 3			•				o		•	•	NW-SE	SW												•
VACIAMADRID							•							•					•	•				•
LOS TOLMOS B 1							•		•	•	NW-SE	S												
LOS TOLMOS B 2							•		•	•	N-S	E		•										
LOS TOLMOS B 3	•																							
LOS TOLMOS A							•		•	•	NNE-SSW	W		•										
C.DE LOS LAGOS							•		•				W		•									•

Cuadro 1. Algunas características observadas en tumbas de Cogotas I

sólo se nos precisa el decúbito en siete, el mismo número de veces en que se alude a la postura replegada del cuerpo. Así pues, no podemos contar con Renedo, Vaciamadrid y el recién nacido de Los Tolmos para analizar la posible asociación entre el sexo del inhumado y el lado sobre el que yacía¹⁸¹. A pesar de todo, nos atreveríamos a avanzar que el ritual funerario de Cogotas I comprende la colocación en posición encogida y en decúbito lateral, siendo éste diferente según el sexo del difunto: izquierdo para las mujeres y derecho para los varones¹⁸².

Estaríamos, una vez más, ante un rasgo tradicionalista, para el que entre otros puntos de referencia puede señalarse el del Campaniforme Ciempozuelos, en cuyas

¹⁸¹ Podríamos utilizar San Román 1 (sexo: F; decúbito lateral: D) [yacía sobre la espalda, pero con las piernas y la cabeza claramente hacia la izquierda]; San Román 2 (F, D); San Román 3 (M, D); Tolmos A (M, D); Tolmos B1 (M, D); Tolmos B2 (F, D) y Los Lagos (M, D). Si aplicamos la prueba de chi cuadrado obtenemos un valor de $\chi^2 = 3,73$ que nos lleva a concluir, con un nivel de significación 0,10, que la diferencia en el decúbito entre hombres y mujeres no se debe al azar. Pero si el nivel de significación elegido es 0,05 no se puede descartar el azar, por lo que debería aplazarse la decisión hasta aumentar el tamaño de la muestra.

¹⁸² A lo que parece, la relación entre sexo y decúbito es asimétrica, ya que todos los varones fueron inhumados sobre el lado derecho, pero no todos los que yacen sobre ese lado son varones. Así parece indicarlo San Román 2... *salvo que sea un hombre*. La estadística parece invitarnos a revisar la determinación-sexual de este esqueleto.

más conocidas tumbas —varoniles— se observa reiteradamente el encogimiento de las piernas y el decúbito lateral derecho¹⁸³.

c) *Sobre los ajuares*

En lo tocante a los ajuares sepulcrales, no es mucho lo que puede concluirse dada la poca precisión de la mayoría de las publicaciones. La individualización de los ajuares es prácticamente nula, salvo en los enterramientos en fosa, y tampoco aquí el panorama es muy halagüeño: dos de las fosas con ajuar se descubrieron fuera de la investigación arqueológica, y de las excavadas adecuadamente, dos carecen de ajuar...

Sin olvidar el escasísimo número de yacimientos utilizables, cabría tal vez sospechar que el sepelio incluía la colocación de un solo vaso acompañando a cada difunto. Así lo indican Renedo, Vaciamadrid y Los Lagos, resultando sorprendente la ausencia de recipientes en una tumba «rica» como la de San Román. Sin embargo, no puede descartarse que los fragmentos aquí obtenidos¹⁸⁴ correspondiesen también a una variante del ceremonial fúnebre relacionado con la rotura de vasos y el esparcimiento de los trozos¹⁸⁵.

Si damos por buena esa suposición de un solo recipiente cerámico por individuo estaríamos ante un rasgo novedoso, de discontinuidad frente a Ciempozuelos, con sus características tres vasijas funerarias. Tal vez no haya tras esta diferencia numérica sino un simple matiz ideológico, pero convendrá investigar cuando se pueda si no está testimoniando también alguna modificación en el terreno socioeconómico, como una riqueza de los privilegiados comparativamente menor que en la etapa precedente, una ampliación de este sector social, etc.

Aunque resulta prácticamente desconocido, en el emplazamiento del ajuar en nuestras tumbas pudiera atisbarse otro detalle de discontinuidad con Ciempozuelos. Si en las fosas de Villabuena o Fuente Olmedo el ajuar se disponía repartido —el puñal en la mano, las cerámicas cerca de los pies¹⁸⁶—, en Cogotas I hay un par de observaciones que nos indican la importancia de la zona de la cabeza del difunto: en la cueva de Los Lagos, el vaso con decoración de boquique iba junto al cráneo; y en San Román de la Hornija, el espiraliforme¹⁸⁷ y el lingotillo de bron-

¹⁸³ *Vid.* DELIBES, 1977, pp. 127-128, MARTIN VALLS y DELIBES, 1989, pp. 37-39.

¹⁸⁴ Tales fragmentos, concertables con otros de la boca de la tumba y hasta de hoyos alejados de ésta, han sido considerados como «accidente en el relleno» (DELIBES, 1978, p. 229).

¹⁸⁵ Este rito de la rotura intencionada, siempre problemático, ha sido señalado también en la tumba triple de Ras el Basit (*vid.* nota 180).

¹⁸⁶ *Vid.* DELIBES, 1977, p. 128; MARTIN VALLS y DELIBES, 1989, p. 40. Por contra, en La Vaquera los vasos parecen haber estado próximos a la cabeza, aunque el estado de la sepultura impide afirmarlo rotundamente: el ajuar cerámico triple estaba en la zona de la cabecera cerca de un cráneo de mujer adulta... que no corresponde al esqueleto hallado en la fosa, que es de un varón joven y que carecía de cráneo, excepto la mandíbula. Hay además algún resto infantil. Además, otros materiales cerámicos delatan también el carácter revuelto de la fosa (*Vid.* ZAMORA, 1976, pp. 14-15 y apéndice antropológico).

¹⁸⁷ DELIBES, 1978, p. 229, se inclinaba por catalogarlo como pendiente por su reducido tamaño; pero teniendo en cuenta la edad —unos siete años— del portador, es perfectamente válido como

ce salieron próximos a la cabeza de los esqueletos 1 y 3, estando la de este último cubierta también por un esqueleto completo de animal —un conejo ofrendado—, detalle que evoca la sepultura parcialmente excavada de La Mesa de Setefilla¹⁸⁸.

Todavía en la tumba triple de San Román, otro elemento de ajuar, hallado en posición especial. Nos referimos a la fíbula de codo, que por encontrarse en el relleno de la tumba, y no junto a ninguno de los muertos en concreto, ha sido considerada como ofrenda dirigida conjuntamente a los tres¹⁸⁹, llegándose a suponer su relación con una túnica¹⁹⁰.

Frente a los rasgos anteriores, puede aportarse uno de carácter tradicionalista: la presencia de prismas de cuarzo en la fosa de Vaciamadrid y probablemente en Maltravieso, parece responder a una muy vieja costumbre, habida cuenta de su frecuente aparición en megalitos y otras tumbas¹⁹¹. Sin referirnos a otros megalitos, anotaremos su presencia en algunos de los que han entregado cerámicas cogotenses, como los de Casal de Gato, San Adrián y Las Peñezuelas¹⁹².

d) *Las características del contenedor*

Como antes, nuestras observaciones deberán ceñirse casi exclusivamente a las fosas.

En primer lugar, respecto a la posible señalización de estas tumbas, parece que no la había. Ciertamente, no habría que descartar que hubiese alguna marca de escasa consistencia, pero los datos de La Requejada nos llevan a suponer que los enterramientos no se señalaban externamente. De ser así, nos hallaríamos ante un testimonio más del fenómeno de ocultación al que se ha referido no ha mucho V. O. Jorge¹⁹³. En evidente contraste con tales fosas, tenemos los sepelios realizados en los megalitos occidentales, aunque la elección de esta clase de sepulcro para dar tierra a los difuntos portadores de cerámicas cogotenses seguramente se debe, más que al propósito de visualizar el enterramiento, a la alta valoración del sitio mortuario tradicional.

Un detalle —válido, otra vez, para las fosas— interesante de cara al reconocimiento de la posición social de los enterrados, es el tamaño de la tumba, que por desgracia no se señala en las publicaciones. Hemos tanteado el volumen de algunas —medio metro cúbico la de Los Tolmos A, unos 2 metros cúbicos la de San Román— pero las cifras absolutas deberían ser matizadas inexcusablemente por otros atribu-

anillo. La incertidumbre procede de la especial colocación del bronce, que salió, lo mismo que los mal conservados huesecillos de la mano, junto a la cabeza.

¹⁸⁸ AUBET *et alii*, 1983, p. 45 y apéndices III y IV señalan la colocación de comida junto a la cabeza de uno de los difuntos.

¹⁸⁹ DELIBES, 1978, p. 229.

¹⁹⁰ ALMAGRO-GORBEA, 1986, p. 369.

¹⁹¹ Por ejemplo, eran el único ajuar de las fosas del Berrueco de Medina Sidonia, datables en el tránsito del Calcolítico al Bronce Antiguo (ESCACENA y BERRIATUA, 1985, p. 230).

¹⁹² No parece que pueda afirmarse que éstos cuarzos fueron depuestos al realizarse los sepelios cogotenses, ya que también aparecen en megalitos vecinos que no han deparado cerámicas de Cogotas I.

¹⁹³ JORGE, 1984, p. 270.

tos, ya que la inversión de esfuerzo para extraer una misma cantidad de tierra es diferente si se excava en profundidad o una fosa alargada¹⁹⁴. Con tal motivo, habría que indicar las características de la formación en la que se abrió el hoyo y, sobre todo, habría que precisar si la tumba fue abierta *ex profeso* o si se utilizó un hoyo abierto con anterioridad, por ejemplo un silo, basurero, etc.¹⁹⁵ En tal caso, el trabajo social invertido en el enterramiento sería escaso, como sucede también con los realizados en megalitos y cuevas funerarias, lo que complica el análisis de la problemática social.

Citaremos, por último, la existencia en San Román (y algo diferente en Renedo) de una protección lítica —o lastre de los difuntos— cuya presencia ha sido señalada en las fosas calcolíticas de la región duricense¹⁹⁶.

e) *Espacios funerarios*

A partir de la situación de las tumbas, cabe plantear dos cuestiones, la existencia o no de necrópolis y la relación entre el espacio habitacional y el de los muertos.

Frente a lo observado en las cuevas funerarias, los enterramientos de Cogotas I en fosa —incluidos los triples— y megalitos pudieran ser considerados como dispersos, sin constituir necrópolis. Así se ha señalado recientemente, entroncando esta modalidad con la tradición de Ciempozuelos¹⁹⁷. Sin embargo, antes de extraer conclusiones culturales o de otro tipo, habrá que probar que la inexistencia de necrópolis es real, y no mera apariencia derivada de nuestro escaso conocimiento. Esta objeción nuestra se basa precisamente en lo sucedido con el Campaniforme, donde también se presumía que las tumbas estaban aisladas, hasta que algún hallazgo reciente ha propiciado el replanteamiento del problema¹⁹⁸.

Respecto a la segunda cuestión, la de la ubicación del espacio funerario respecto al de habitación, el panorama es por ahora oscuro: en algunas cuevas como Kaite (y Atapuerca) parece haber una clara separación espacial de ambas funciones, mucho más marcada en la cueva de Los Lagos respecto al poblado de El Reuenco, y seguramente en los megalitos respecto de sus lugares de habitación; las

¹⁹⁴ A la espera de la elaboración de una tipología tumbal precisa, parecen distinguirse auténticas tumbas de pozo —San Román y Vaciamadrid— frente a las fosas simples. Sin embargo, como no estamos seguros de que éstas no hayan perdido parte de su volumen originario, nos imponemos cautela.

¹⁹⁵ Por ejemplo, la tumba triple de Brześć Kujawski parece un auténtico basurero, ya que hay indicios arqueológicos de una utilización de ese tipo previamente a la funeraria (BOGUCKI y GRYGIEL, 1981, pp. 65-66). Corresponde a la fase tardía de Lengyel, cultura caracterizada por la inhumación individual, por lo que viene a añadirse a las citadas en la nota 177.

¹⁹⁶ DELIBES, 1987, p. 50.

¹⁹⁷ FABIAN, 1988, p. 41 (Se refiere en concreto a los enterramientos, considerados intrusivos, de Cogotas I en megalitos).

¹⁹⁸ MARTIN VALLS y DELIBES, 1989, pp. 62-65. La impresión de aislamiento que producían Villabuena del Puente, Fuente Olmedo, etc. ha sido cuestionada tras el hallazgo de Pajares de Adaja, donde parece haber una nueva tumba, claramente distinta de la que apareciera hace veinte años en el mismo yacimiento de *Valhondo*. Por otra parte, esa impresión resultaba contradictoria con las observaciones más antiguas, realizadas en el propio yacimiento de Ciempozuelos o en Arrabal de Portillo.

fosas parecen, una vez más, diferentes, ya que las de Vaciamadrid y San Román se hallan en ambientes que parecen de poblado, como sucede sin duda en Los Tolmos A, de modo que nos encontraríamos ante la integración de los muertos en el espacio cotidiano, tan común en culturas como la argárica, la de las Motillas, etc.

f) *La heterogeneidad funeraria y su justificación*

El marco funerario es muy variado en todo el desarrollo de Cogotas I, documentándose como hemos visto la utilización de fosas más o menos profundas, los panteones rupestres e incluso el recurso a megalitos. La pluralidad de fórmulas funerarias no es, ni mucho menos, exclusiva de esta cultura; antes bien, parece caracterizar a diferentes culturas peninsulares del Calcolítico y la Edad del Bronce. Citaremos el caso bien conocido del Bronce Valenciano, del que se ha dicho que carece de un ritual institucionalizado¹⁹⁹, dada la aparición de enterramientos unas veces vinculados a habitaciones y otras fuera de los poblados, hallados en fosas, en cuevas o en simples grietas²⁰⁰. En la mismísima cultura argárica sucede otro tanto²⁰¹.

En el caso de Cogotas I, siendo remisos, como veremos, a una explicación particularista, intentaremos justificar esta diversidad en términos cronológicos, sociales o culturales.

Consideremos en primer lugar la posibilidad más elemental. Si partimos de la idea, bastante extendida, de que las gentes de Cogotas I no eran absolutamente sedentarias, y sobre todo si aceptamos la de la trashumancia, bien pudiera ocurrir que la heterogeneidad de las fórmulas de enterramiento respondiese tan sólo a factores coyunturales: si una persona fallecía en el curso de un desplazamiento, era inhumada en el lugar de los hechos, abriéndose una fosa en pleno descampado, o bien aprovechando un «silo» si se trataba de un campamento, y hasta sirviéndose de lugares funerarios más antiguos —megalitos, cuevas sepulcrales— si por fortuna los había en los alrededores. Hay que reconocer que alguna de nuestras tumbas podría arrojarse bajo tal interpretación, caso de la de Renedo, en cuyos alrededores no se ha podido localizar ningún yacimiento coetáneo. Por contra, lo observado en otras localidades nos impide aceptarla. Así, los yacimientos de Kaite, Los Lagos (y Atapuerca) parecen indicar la existencia de zonas funerarias perfectamente definidas. Y, por otra parte, la relativa abundancia de cerámicas en las cuevas da la impresión de un uso prolongado, sistemático.

Los megalitos tampoco parecen haber conocido un mero aprovechamiento de ocasión, sino una utilización repetida. Así parecen indicarlo, en primer lugar, los fragmentos cerámicos: si nos fiamos de los pocos datos disponibles en otros tipos de yacimientos cada individuo era acompañado por un solo vaso, por lo que los fragmentos de los dólmenes zamoranos, que corresponden a un mínimo de doce

¹⁹⁹ GIL MASCARELL y ENGUIX, 1986, p. 421.

²⁰⁰ HERNANDEZ PEREZ, 1985, pp. 106-109.

²⁰¹ LULL, 1983, *passim*.

vasos, pudieran señalar otros tantos episodios funerarios. Además, el pretendido aislamiento de estas cerámicas depuestas en megalitos sin otras estaciones de Cogotas I en la zona, que parecía indicar también un mero aprovechamiento ocasional, seguramente es una falsa impresión, que quedaría anulada por la localización de poblados en las inmediaciones: el hallazgo de un nivel de esa época en nuestras excavaciones del castro de Arrabalde²⁰² prelude a buen seguro nuevos descubrimientos del mismo signo.

Quedan otros casos difíciles de valorar, como los de los yacimientos con «hoyos»; pero el hecho de que las excavaciones de cierta extensión acaben deparando restos humanos —una tumba en La Requejada y dos en Los Tolmos— posiblemente responde a un uso habitual de las estructuras excavadas en los poblados para dar tierra a los que iban falleciendo.

Descartada, al menos como justificación general, esta primera, apuntaremos otra hipótesis, la de las **diferencias cronológicas**. Así, la variedad funeraria podría ser, siguiendo a Coffyn, indicio de antigüedad —algo propio del Bronce Medio— habiendo jugado Cogotas I un papel unificador comparable al del campaniforme²⁰³. Pero también ésta resulta algo simplista, porque si, en efecto, a un momento antiguo de la Cultura corresponden tumbas tan distintas como las de Los Tolmos, las rupestres de Maltravieso y Cueva Tino, Renedo y los megalitos salmantinos, en cambio son de un momento muy avanzado San Román, la cueva de la Aceña y el uso de los dólmenes zamoranos. La variabilidad funeraria, en definitiva, no se explica esencialmente en función de la cronología.

Parece conveniente explorar otras vías, como la de vincular la diversidad funeraria a la existencia de **categorías sociales contrastadas**²⁰⁴, pero este camino resulta todavía poco practicable. A título de ejemplo de las dificultades con que tropezamos: ¿es legítimo suponer, a partir de los pocos fragmentos cogotenses hallados en megalitos, que allí se enterraba exclusivamente a unos pocos individuos de status superior? En tal caso, deberían hallarse numerosas tumbas correspondientes a gentes modestas, si bien puede replicarse que éstas acaso no recibían tratamiento funerario o que era poco consistente. Con todo, aun aceptando que los difuntos acompañados por cerámicas de Cogotas I eran de elevada posición social, ¿no habría en los mismos sepulcros otros enterramientos coetáneos, de personas de condición inferior acompañados de cerámica lisa u otros elementos poco reconocibles e incluso carentes de ajuar? Las técnicas de excavación empleadas antiguamente y, sobre todo, el estado de conservación de las tumbas megalíticas en cuestión no nos permiten resolver estas dudas.

²⁰² Curiosamente, en el dolmen situado inmediatamente al pie del mismo, no se han hallado cerámicas de tal especie... ni de ninguna otra, sin duda por el mal estado en que se conservaba la *Casa de los Moros* (PALOMINO, 1988).

²⁰³ COFFYN, 1985, p. 192.

²⁰⁴ Pocas veces se apunta algo en este sentido: ALMAGRO GORBEA, 1986, p. 369; IDEM, 1987, p. 114.

La misma dificultad preside el acercamiento a la composición social de los panteones rupestres: sabemos que en la Cueva de los Lagos un individuo fue enterrado con un vaso decorado; podemos suponer que el arete de plata o el hacha de bronce de Cueva Tino eran parte del ajuar de algunos notables; pero para un estudio sobre la estratificación social esas noticias son bien poca cosa. Y sin embargo, a la vista de tales datos, parece prometedora la realización de excavaciones rigurosas, atentas a la individualización de esqueletos y ajuares.

Finalmente, y por lo que respecta a las tumbas en fosas y hoyos, aunque no olvidamos que alguna vez se ha considerado como marginados sociales, e incluso como penados, a los individuos sepultados en basureros²⁰⁵ esto no parece convenir a Cogotas I: si en el caso de El Negralejo —y hasta cierto punto en el de Los Tolmos²⁰⁶— pudiera concederse algún crédito a tal supuesto, en cambio lo contradicen radicalmente los de Renedo, San Román y Vaciamadrid, por las características de las tumbas y sus ajuares.

La tumba madrileña, con su rico ajuar —un cuenco, dos puntas metálicas y dos prismas de cuarzo de procedencia seguramente no local— parece indicar más bien una situación de privilegio, patente también en San Román. Aquí, prescindiendo de los fragmentos cerámicos del relleno, hay que resaltar que dos de los difuntos estaban acompañados por objetos metálicos, y uno de ellos tenía además una ofrenda sobre la cabeza que nos hacía recordar la sepultura de la Mesa de Setefilla, cuyos ocupantes no parecen gentes de condición común. Unase a lo anterior la presencia de una fibula de codo, claro distintivo jerárquico, si nos guiamos por las estelas extremeñas²⁰⁷.

A partir de estas observaciones, y si el escaso número de las conocidas no constituyera un poderoso freno, podría aventurarse como conclusión que las tumbas en fosa y pozo tienen una connotación jerárquica, o mejor, que la van adquiriendo progresivamente: acaso no era así en los primeros momentos, ya que las dos tum-

²⁰⁵ La deposición en fosa detritica, la pobreza del ajuar y otros rasgos anómalos frente a los usos habituales, han hecho pensar a algunos investigadores que la posición social del inhumado en tales condiciones no sería elevada (COUDART *et alii*, 1982, p. 126). A partir de observaciones sistemáticas, A. Villes ha introducido la noción de *sépulture de relégation*, caracterizada por la utilización de un silo, la falta de ajuar o en general la negligencia en el tratamiento, y que indicaría una actitud de reprobación —de orden social o moral— hacia el difunto (VILLES, 1984, p. 662). Estas posiciones vienen a coincidir —sin saberlo unos y otros— con las de Binford y otros investigadores anglosajones que se han referido a individuos que por su forma de vida (brujas, hechiceros, criminales, herejes) o bien por su muerte (por ahogamiento, rayo, asesinato o suicidio) son muy especiales (*outcast, unclean*), y reciben por ello un tratamiento funerario que se aparta del habitual, no siendo infrecuente su deposición en la basura (*vid.* WAIT, 1985, p. 119).

²⁰⁶ Las fosas de Caracena podrían tomarse en tal sentido, porque ambas carecen de ajuar, y sobre todo la que contenía la triple inhumación, por hallarse apartada —incluso *fuera de la vista*— del sector donde se han hallado las cabañas; pero este razonamiento es contradictorio con la presencia de otra tumba, que bajo la misma hipótesis sería de un marginado por no llevar ajuar, y sin embargo está inmediata a unas cabañas. Esperamos la publicación definitiva de esta sepultura y del estudio especializado del esqueleto, que ostentaba una soga en torno al cuello.

²⁰⁷ Una vez más, llama la atención el sexo femenino de los adultos inhumados, ya que estábamos predispuestos a considerar la fibula de codo como elemento masculino, partiendo precisamente de esas estelas, que parecen simbolizar el prestigio del guerrero-jefe (ALMAGRO-GORBEA, 1977, p. 193).

bas de Los Tolmos carecen de ajuar; pero acontece bien pronto —Renedo— y se consolida en la fase más avanzada, a tenor de los dos casos que acabamos de citar.

Lamentablemente, y por las razones antes aducidas, es imposible la verificación de esta presunta tendencia en los yacimientos rupestres y en los megalitos. Pero sobre todo nos impide aceptar esa suposición lo observado en el ámbito de Ciempozuelos, donde las fosas sirvieron ciertamente para individuos privilegiados, pero éstos fueron enterrados también en megalitos, como indican las armas de cobre y los adornos áureos depuestos junto a vasos campaniformes en los sepulcros de corredor de Aldeavieja de Tormes y La Veguilla²⁰⁸. Suponemos, en suma, que en Cogotas I, lo mismo que en Ciempozuelos, la posición social se reflejaba más en el ajuar que en una modalidad sepulcral concreta. Así pues, la heterogeneidad en las fórmulas funerarias no respondería a la diferenciación social, sino que la sociedad, jerarquizada sin duda²⁰⁹, habría respetado una variada tipología tumbal profundamente arraigada.

Hemos llegado así a la hipótesis más plausible, tras la exclusión de la cronológica y habiendo matizado la de tipo social: es la de índole cultural, que fue formulada inicialmente por Hernández Vera. Para este investigador, la variedad funeraria de Cogotas I se explicaría por ser esta cultura heredera de la tradición de Ciempozuelos, en cuyos enterramientos hay una complejidad similar²¹⁰.

Insistiendo en esa línea, podría decirse que la persistente diversidad en las costumbres funerarias bien pudiera ser un rasgo consustancial, ligado a la propia diversidad de tradiciones que confluyen en la formación de Cogotas I.

Si, como propone Fernández-Posse basándose en las cerámicas, a la formación de Cogotas I contribuyen diversos grupos de ascendencia campaniforme, otros precampaniformes, etc.²¹¹, seguramente tales grupos aportaron también sus tradiciones mortuorias, y no sólo el ritual inhumador²¹².

Desde luego, el mejor elemento de comparación lo constituye el mundo de Ciempozuelos²¹³ donde en un rápido repaso²¹⁴ podemos ver tumbas individuales (aisladas en Villanueva del Puente y Fuente Olmedo, o bien reunidas, en el yacimiento epónimo); cistas (Rincón de Soto); fosas conteniendo una inhumación —¿o tres?— en el interior de cuevas, caso de La Vaquera; auténticos enterramientos co-

²⁰⁸ DELIBES y SANTONJA, 1987, pp. 176-177.

²⁰⁹ No se nos oculta que caben interpretaciones simbólicas de las diferencias en los ajuares mortuorios; pero tenemos la impresión de que la presencia de elementos metálicos en algunos enterramientos se relaciona estrechamente con las desigualdades sociales. En esta línea, habría que concluir también la existencia, entre otros posibles mecanismos de acceso a los niveles sociales elevados, de la adscripción por nacimiento: un indicio lo tenemos en San Román, donde un niño de siete años (el esqueleto n.º 3) llevaba un arete de bronce; todo un lujo, al menos según lo que hoy sabemos acerca de manufacturas metálicas de Cogotas I.

²¹⁰ HERNANDEZ VERA, 1982, p. 46.

²¹¹ FERNANDEZ-POSSE, 1986, p. 479.

²¹² *Ibidem*, p. 477 señala la posible remisión de los enterramientos al sustrato.

²¹³ Precisamente la coincidencia en el ritual era uno de los indicios barajados por Martín Valls al proponer la ascendencia campaniforme de Cogotas I (MARTIN VALLS, 1971, p. 403).

²¹⁴ DELIBES, 1977, cap. VI; DELIBES y SANTONJA, 1987.

lectivos en cuevas tapiadas de la provincia de Segovia; cada vez con más claridad, utilización de los megalitos, todavía vigentes en las penillanuras salmantinas, en La Rioja o en las Loras burgalesas; aquí, en Tablada de Rudrón y La Loba se documentan, por si fuera poco, túmulos no dolménicos con inhumaciones campaniformes.

Particular interés revisten los megalitos de Salamanca, donde las cerámicas de tipo Protocogotas I constituyen un notable argumento en favor de la continuidad en las prácticas funerarias respecto al campaniforme. Y si decimos continuidad en sentido general, acaso convenga extender a estas cerámicas la discusión planteada por Delibes y Santonja²¹⁵ acerca de si los materiales campaniformes en los megalitos suponen intrusiones o más bien el uso normal de los mismos por la última generación de un mismo grupo poblacional²¹⁶.

Resulta curioso —o simplemente paradigmático de la diversidad cultural— que esa continuidad no se produzca en los megalitos burgaleses o riojanos, donde al menos hasta hoy no se conocen materiales de ningún momento del desarrollo de Cogotas I. Razones culturales, con un matiz geológico, podrían subyacer en este diferente comportamiento: frente a lo sucedido en las penillanuras occidentales, donde prácticamente no hay cavernas, en las zonas serranas que cierran la Meseta por el NE los megalitos pudieron tener un arraigo menor, tal vez por haber sufrido siempre la competencia de los panteones rupestres, que habrían terminado por prevalecer.

El polimorfismo funerario de Ciempozuelos viene a prolongar a su vez la situación anterior: en el calcolítico precampaniforme coexistían también megalitos y cuevas funerarias, pero también tumbas no dolménicas de carácter colectivo²¹⁷ y fosas individuales²¹⁸. Respecto a estas últimas, Delibes ha llegado a proponer la existencia de un *phylum* funerario que conduciría desde las precampaniformes hasta las de Cogotas I, pasando por las de Ciempozuelos, apoyándose incluso en el detalle del empedrado que protegía las fosas de Ciguñuela, Fuente-Olmedo y San Román²¹⁹.

Los datos —algo oscuros, por antiguos²²⁰— de las campiñas del Jarama y sus afluentes nos llevan a preguntarnos si no habrá también una línea de continuidad entre las diversas inhumaciones individuales en fosas y hoyos, ya que esta fórmula es utilizada insistentemente, aunque no exclusivamente, en el Neolítico (Arenero de Valdivia) y en el Campaniforme (Arenero de Miguel Ruiz, Ciempozuelos), pasando por las tumbas en basurero de Las Carolinas y Euskalduna, de datación imprecisa. En la factoría de Euskalduna en Villaverde se halló, por cierto, una tumba con restos de al menos dos individuos²²¹.

²¹⁵ DELIBES y SANTONJA, 1987.

²¹⁶ *Ibidem*, p. 191. Tendría que decirse la penúltima, si es que se comprueba la estricta continuidad hasta nuestra etapa.

²¹⁷ Probablemente los de La Candamia (León) y Bercial de Zapardiel (Ávila). *Vid.* respectivamente, VIDAL ENCINAS, 1990 y FABIAN, 1990.

²¹⁸ Así, en Ciguñuela (Valladolid) y Donhierro (Segovia), todavía inéditos. (*Vid.* DELIBES y SANTONJA, 1987, p. 192; VAL RECIO, 1990, p. 340).

²¹⁹ DELIBES, 1987, p. 51.

²²⁰ *Vid.* MARTINEZ NAVARRETE, 1987.

²²¹ ALMAGRO, 1960b, pp. 20-21.

Parece, pues, que la diversidad funeraria cogotense responde en última instancia a tradiciones ancestrales muy arraigadas. Y, volviendo sobre la propuesta «policenista» de Fernández-Posse, la vinculación sugerida entre las cerámicas del horizonte de Cogeces y las del calcolítico precampaniforme de Zamora²²², se vería ahora reforzada por el hallazgo de San Cristóbal de Entreviñas²²³, cerca de Benavente: de los cuarenta y tantos hoyos excavados —que contenían el habitual relleno ceniciento, con restos de fauna, objetos líticos, cerámicas con decoraciones de espigas incisas y triángulos puntillados, etc.— uno de ellos ha deparado una inhumación individual²²⁴ que supone un interesante punto de referencia para nuestras tumbas en basurero.

Consideraciones finales

De los numerosos decesos habidos en Cogotas I conocemos —gracias a la voluntad de sus deudos, las circunstancias de conservación y la fortuna de los investigadores— unas pocas tumbas, que vienen a coincidir en la fórmula esencial de la inhumación —seguramente en decúbito lateral replegado— pero difieren notablemente en cuanto a los detalles concretos (morfología y tamaño de la tumba, número de los enterrados, elementos de acompañamiento, etc.), en los que se advierten diferencias sociales y sobre todo la vigencia, en los diversos grupos del área cultural, de sus respectivas tradiciones.

Si en las páginas precedentes se ha podido advertir una cierta pugna contra la falta de uniformidad, no se debe al olvido del carácter politético de las culturas arqueológicas. Únicamente se ha pretendido apurar al máximo en los posibles rasgos comunes que pudieran servir para una más precisa definición de Cogotas I.

Desde luego, parece imprescindible al terminar este trabajo aludir a la necesidad de afinar en las técnicas de excavación²²⁵, que condicionan decisivamente los avances de la investigación en aspectos cronológicos, demográficos, sociales, etc. Un registro minucioso es básico incluso para la aplicación de técnicas cuantitativas que seguramente contribuirán a explicar la variabilidad funeraria.

Es igualmente necesario llamar la atención sobre el estado de conservación de yacimientos clave como son las cuevas funerarias, cuyo deterioro impone la adopción urgente de medidas de protección, incluyendo la documentación detallada de los elementos visibles en superficie. Ciertamente, los «procesos postdeposicionales» no han empezado a actuar ahora —como ejemplifican las muy diferentes observaciones realizadas en la Cueva del Asno en los últimos doscientos años²²⁶—,

²²² FERNANDEZ-POSSE, 1986, p. 479.

²²³ El yacimiento era ya conocido: MARTIN VALLS y DELIBES, 1982, pp. 62-64.

²²⁴ VAL RECIO, 1990, p. 339-340.

²²⁵ Por su gran interés, resaltamos el reciente *Dossier: la paléo-anthropologie funéraire* (= *Les Nouvelles de l'Archéologie*, 40, París, 1990).

²²⁶ Si Taracena señaló en 1924 que «los restos humanos en ningún caso han determinado un esqueleto completo ni sus miembros se hallaron en la posición natural» (*cit.* en SAEZ GARCIA, 1969, p. 207), el párroco de Los Rábanos había dicho tras visitar la cueva en 1785 que «se sacaron dos calaberas, y que había como los correspondientes huesos de los muslos y piernas» (*Ibidem*, p. 210).

pero las exploraciones producidas en tiempos recientes parecen haber agravado mucho la situación.

Un apunte final acerca del interés de la investigación funeraria: frente a lo que observamos en Cogotas I —ritual de inhumación generalizado, que alcanza incluso a los niños recién nacidos—, en las culturas de la Primera Edad del Hierro de la cuenca del Duero parece darse un cambio ideológico, sociorreligioso, etc. muy profundo, consistente no sólo en la presunta adopción del ritual incinerador, sino también en la exclusión de los niños del tratamiento general y su deposición, inhumados, bajo las viviendas. Un rasgo más, en definitiva, en favor de la idea de que el Primer Hierro supuso en esta región el comienzo de un ciclo histórico bien diferente del que, remontándose acaso al Neolítico, se cierra con Cogotas I.

BIBLIOGRAFIA

- ABASOLO, J.A. y RUIZ VELEZ, I. (1980): «Los Castros de Pancorbo (Burgos)», *Kobie*, 10, Bilbao, pp. 501-514.
- AGORRETA, J. A.; LLANOS, A.; APELLANIZ, J. M. y FARIÑA, J. (1975): «El castro de Berbeia (Barrio-Alava)», *EAA*, 8, pp. 221-292.
- AGUILERA ARAGON, I. (1980): «El yacimiento protohistórico del 'Cabecico Aguilera' en Agón (Zaragoza)», *Cuadernos de Estudios Borjanos*, V, Borja, pp. 83-118.
- ALCALDE CRESPO, G. y RINCON VILA, R. (1979): «El conjunto funerario de Cueva Tino. La Horadada, Mave (Palencia)», *PITTM*, 43, pp. 61-101.
- ALMAGRO BASCH, M. (1960a): «Las pinturas rupestres cuaternarias de la cueva de Maltravieso en Cáceres», *RABM*, LXVIII, 2, pp. 665-707.
- (1960b): «Hallazgos arqueológicos de Villaverde», *MMAP*, XVI-XVIII, pp. 5-29.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1977): *El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura*, BPH, XIV.
- (1986): «Bronce Final y Edad del Hierro», en VV.AA.: *Historia de España I. Prehistoria*, Madrid, pp. 341-532.
- (1977): «El Bronce Final y el inicio de la Edad del Hierro», en *ArqMadr*, pp. 10-119.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y FERNANDEZ GALIANO, D. (1980): *Excavaciones en el Cerro Ecce Homo (Alcalá de Henares, Madrid)*, Madrid.
- APELLANIZ, J. M. (1973): *Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional*, Munibe, Suplemento n.º 1, San Sebastián.
- (1974): *El Grupo de Los Husos durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco (EAA, VII)*.
- APELLANIZ, J. M. y DOMINGO MENA, S. (1987): *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). II. Los materiales de superficie del Santuario de la Galería del Sílex*, CAD, 10.
- APELLANIZ CASTROVIEJO, J. M. y URIBARRI ANGULO, J. L. (1976): *Estudios sobre Atapuerca (Burgos). I. El Santuario de la Galería del Sílex*, CAD, 5.
- ARRIBAS, J. G.; CALDERON, T. y BLASCO C. (1989): «Datación absoluta por termoluminiscencia: un ejemplo de aplicación arqueológica», *TP*, 46, pp. 231-246.

- AUBET SEMMLER, M.^a, E.; SERNA, M. R.; ESCACENA, J. L. y RUIZ DELGADO, M. M. (1983): *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla). Campaña de 1979*. EAE, 122.
- BARRIO MARTIN, J. (1987): «Proceso de conservación y restauración de cerámicas arqueológicas», *EPAM*, pp. 51-68.
- BASABE, J. M. y BENASSAR, I. (1985): «Estudio antropológico de una inhumación triple en San Román de Hornija», apéndice III en RODRIGUEZ MARCOS, J. A.: *El yacimiento de San Román de Hornija (Valladolid) en el marco del Grupo Cultural Cogotas I*, Memoria de Licenciatura defendida en la Universidad de Valladolid.
- BLASCO BOSQUED, C. (1982): «'El Negralejo', un nuevo yacimiento de la Edad del Bronce en Madrid», *EPAM*, pp. 99-135.
- (1983): «Un nuevo yacimiento del Bronce madrileño. El Negralejo, Rivas-Vaciamadrid», *NAH*, 17, pp. 45-190.
- (1987): «El Bronce Medio y Final», en *ArqMadr.*, pp. 82-107.
- BLASCO, M.^a C.; SANCHEZ-CAPILLA, M. L.; CAPRILE, P. y CALLE, J. (1985): «Depósito votivo en un yacimiento de la Edad del Bronce en el valle del Manzanares (Perales del Río, Getafe, Madrid), *CPAUM*, 11-12, pp. 11-23.
- BOGUCKI, P. I. y GRYGIEL, R. (1981): «The household cluster at Brześć Kujawski 3: small-site methodology in the Polish lowlands», *WA*, 13, 1, pp. 59-72.
- BOHIGAS ROLDAN, R.; CAMPILLO CUEVA, J. y CHURRUCA GONZALEZ, J. A. (1984): «Carta Arqueológica de la Provincia de Burgos. Partidos judiciales de Sedano y Villarcayo», *Kobie*, 14, Bilbao, pp. 7-92.
- BOSCH GIMPERA, P. (1915): «La cerámica hallstattiana en las cuevas de la provincia de Logroño y su ocupación en distintas épocas», *BRSEHN*, XV, pp. 274-280.
- CALLEJO SERRANO, C. (1958): *La Cueva Prehistórica de Maltravieso, junto a Cáceres*. Cáceres.
- CAMPILLO CUEVA, J. (1988): «El molde de fundición de San Martín de Ubierna», *Kobie*, 17, Bilbao, pp. 275-277.
- CASADO LOPEZ, P. y HERNANDEZ VERA, J. A. (1979): «Materiales del Bronce Final de la cueva de los Lagos (Logroño), *Caesaravgvsta*, 47-48, Zaragoza, pp. 97-125.
- CENICEROS, J. y BARRIOS, I. (1988): «Reinterpretación de las estratigrafías y ajueres arqueológicos de Cueva Lóbrega (Torrecilla en Cameros, La Rioja)», *Cuadernos de Investigación Histórica. Brocar*, 14, Logroño, pp. 53-102.
- CLARK, G. A. (ed.) (1979): *The North Burgos Archaeological Survey. Bronze and Iron Age Archaeology on the Meseta del Norte (Province of Burgos, North-Central Spain)*, Anthropological Research Papers, 19, Tempe.
- COFFYN, A. (1985): *Le Bronce Final Atlantique dans la Péninsule Ibérique*, París.
- CORCHON RODRIGUEZ, M.^a S. (1972): «La estratigrafía de la Cueva Lóbrega (Torrecilla de Cameros, Logroño), *NAH Prehistoria I*, pp. 55-107.
- COUDART, A.; DUBOULOZ, J. y LE BOLLOCH, M. (1982): «Un habitat de La Tène Ancienne dans la vallée de l'Aisne à Menneville (Aisne)», en *L'Age du Fer en France Septentrionale*, Mémoires de la Société Archéologique Champenoise, 2, pp. 121-130.
- COURBIN, P. (1980): «Une tombe familiale (?) a Ras el Basit», en LEROI GOURHAN, A. (dir.): *Séminaire sur les structures d'habitat. Organisation collective*, París, pp. 49-50.
- CRIADO BOADO, F. (1989): «Megalitos, espacio, pensamiento», *TP*, 46, pp. 75-98.
- DELIBES DE CASTRO, G. (1977): *El vaso campaniforme en la Meseta Norte Española*, *Studia Archaeologica*, 46, Valladolid.
- (1978): «Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de Hornija (Valladolid)», *TP*, 35, pp. 225-250.
- (1983): «Grup Cultural Cogotas I: una visió crítica», *Tribuna d'Arqueologia*, 1982-83, Barcelona, pp. 85-92.

- (1987): «Sobre los enterramientos del grupo campaniforme de Ciempozuelos: diversidad y tradición», en *El Origen de la Metalurgia en la Península Ibérica* (Seminario organizado por la Fundación J. Ortega y Gasset, Oviedo, 1987), texto policopiado, t. II, pp. 37-51.
- (1988): «La Edad del Bronce», en AA.VV.: *La colección arqueológica del Padre Satorio González en Santo Domingo de Silos*, Burgos, pp. 33-113.
- DELIBES DE CASTRO, G. y ESPARZA ARROYO, A. (1985): «Neolítico y Edad del Bronce», en *Historia de Burgos I. Edad Antigua*, Burgos, pp. 117-177.
- DELIBES DE CASTRO, G. y FERNANDEZ MANZANO, J. (1981): «El castro protohistórico de 'La Plaza' en Cogeces del Monte (Valladolid). Reflexiones sobre el origen de la fase Cogotas I», *BSAA*, XLVII, pp. 51-68.
- DELIBES DE CASTRO, G. y SANTONJA GOMEZ, M. (1986a): «Aspectos generales del fenómeno megalítico de la Submeseta Norte», en *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular (Madrid 1984)*, Madrid, pp. 145-163.
- (1986b): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca*, Salamanca.
- (1987): «Sobre la supuesta dualidad Megalitismo/Campaniforme en la Meseta superior española», en WALDREN, W. H. y KENNARD, R. C. (EDS.): *Bell beakers of the Western Mediterranean (The Oxford International Conference, 1986)*, BAR Int. Series, 331, pp. 173-206.
- EIROA, J. J. (1979): *La Cueva del Asno. Los Rábanos (Soria). Campañas 1976-1977*, EAE, 107.
- ESCACENA CARRASCO, J. L. y BERRIATUA HERNANDEZ, N. (1985): «El Berrueco de Medina Sidonia (Cádiz). Testimonios de una probable expansión argárica hacia el oeste», *CPUG*, 10, pp. 225-242.
- ESTEVE GALVEZ, F. (1944): «Un poblado de la Primera Edad del Hierro en la Plana de Castellón», *Ampurias*, VI, Barcelona, pp. 141-154.
- FABIAN, J. F. (1988): «El dolmen del Prado de las Cruces. Bernuy-Salineró (Ávila)», *RA*, 86 (Junio), pp. 32-42.
- (1990): «Arqueología de urgencia en Ávila», *RA*, 111 (Junio), pp. 58-60.
- FERNANDEZ MANZANO, J. (1985): «La Edad del Bronce», en VV.AA.: *La Prehistoria del Valle del Duero* (Historia de Castilla y León, 1) Valladolid, pp. 54-84.
- (1986): *Bronce Final en la Meseta Norte española: el utillaje metálico*, Valladolid.
- FERNANDEZ-MIRANDA, M. y BALBIN BERHMANN, R. de (1973): «La Cueva del Asno (Los Rábanos, Soria)», *NAH Prehistoria*, 2, pp. 145-171.
- FERNANDEZ OCHOA, C. y RUBIO DE MIGUEL, I. L. (1980): «Materiales arqueológicos del Bajo Manzanares (Término de 'La Aldehuela', Madrid)», *RBAMAM*, 6, pp. 47-86.
- FERNANDEZ-POSSE, M.^a D. (1981): «La cueva de Arevalillo de Cega (Segovia)», *NAH*, 12, pp. 43-84.
- (1986): «La cultura de Cogotas I», en *HomSiret*, pp. 475-485.
- GAIBAR PUERTAS, C. (1974): «Descubrimiento de la terraza würmiense en la margen izquierda del río Manzanares: aportaciones paleoclimáticas. Nuevos restos y testimonios del madrileño hombre prehistórico y protohistórico», *Est. Geol.*, XXX, pp. 235-252.
- GALLET DE SANTERRE, H. (1980): *Enserune. Les silos de la terrasse est*, XXXIX^e suppl. à Gallia, París.
- GALLAY, A. (1988): «Sépultures, lieux de culte et croyances: en guise d'avertissement», en VV.AA.: *Sépultures, lieux de culte et croyances* (5ème cours d'initiation à la Préhistoire et à l'Archéologie de la Suisse), Basilea, pp. 5-6.
- GEJVALL, N. G. (1963): «Cremations», en BROTHWELL, D. y HIGGS, E.: *Science in Archaeology*, Londres, pp. 379-390.

- GIL-MASCARELL, M. y ENGUIX, R. (1986): «La cultura del Bronce Valenciano: estado actual de la investigación», en *HomSiret*, pp. 418-424.
- GIMBUTAS, M. (1965): *Bronze Age Cultures in Central and Eastern Europe*. La Haya.
- GONZALEZ PRATS, A. (1988): «Sobre unos diseños decorativos de Cogotas I», *APL*, XVIII, pp. 279-286.
- GONZALEZ SALAS, S. (1948): *Itinerario Arqueológico por la provincia de Burgos*, ms. mecanogr., en el Monasterio de Santo Domingo de Silos (Burgos).
- GONZALEZ-TABLAS SASTRE, F. J. (1986): «Proto-Cogotas I o el Bronce Medio de la Meseta: La Gravera de 'Puente Viejo', Avila», *Zephyrvs*, XXXVII-XXXVIII, Salamanca, pp. 267-276.
- HARRISON, R. J.; MORENO LOPEZ, G. y LEGGE, A. G. (1987): «Moncín: poblado prehistórico de la Edad del Bronce (I)», *NAH*, 29, pp. 7-102.
- HERNANDEZ PEREZ, M. S. (1985): «La Edad del Bronce en el País Valenciano: panorama y perspectivas», en *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Alicante, pp. 101-119.
- HERNANDEZ VERA, J. A. (1982): *Las ruinas de Inestrillas. Estudio Arqueológico. Aguilar del Río Alhama, La Rioja*, Logroño.
- HOYOS SAINZ, L. de (1943): «El cráneo fósil de Cueva Lúbriga», *BRSEHN*, XLI, pp. 503-509.
- JIMENO MARTINEZ, A. (1984a): «Estado actual de la investigación del Eneolítico y la Edad del Bronce en la provincia de Soria», *SympSoria*, pp. 25-50.
- (1984b): *Los Tolmos de Caracena (Soria)*, EAE, 134.
- (1989): «La vida de un grupo pastoril hace 3.400 años: Los Tolmos de Caracena», en *Diez años de arqueología soriana (1978-1988)*, Valladolid, pp. 37-48.
- JIMENO MARTINEZ, A. y FERNANDEZ MORENO, J. J. (1983): «El castro de La Barbolla (Soria). Nuevo yacimiento del horizonte Cogotas I», *Celtiberia*, XXXIII, 66, Soria, pp. 321-333.
- JORGE, S. OLIVEIRA (1980): «A estação arqueológica do Tapado da Caldeira», *Portvgalia*, I, Oporto, pp. 29-50.
- JORGE, V. OLIVEIRA (1984): «Megalitismo no Norte de Portugal: Novos elementos», *RG*, XCIV, pp. 263-299.
- LARTET, L. (1866): «Poteries primitives, instruments en os et silex taillés des cavernes de la Vieille Castille (Espagne)», *Revue Archéologique*, XIII, París, pp. 114-134.
- LE MORT, F. y DUDAY, H. (1987): «Traces de décharnement sur un humerus dysmorphique néolithique», *Bulletin et Memoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, sèrie XIV, 4, 1, pp. 17-24.
- LOPEZ PLAZA, S. (1984): «'Coto Alto', La Tala (Salamanca): nuevo yacimiento con cerámica campaniforme y de Boquique en la Meseta norte española», *Arqueologia*, 9, Oporto, pp. 59-67.
- LULL, V. (1983): *La «cultura» de El Argar. Un método para el estudio de las formaciones económico-sociales prehistóricas*, Madrid.
- LLANOS, A. y FERNANDEZ MEDRANO, D. (1968): «Necrópolis de hoyos de incineración en Alava», *EAA*, 3, pp. 45-72.
- MADERUELO, M. y PASTOR, M. J. (1981): «Excavaciones en Reillo (Cuenca)», *NAH*, 12, pp. 159-186.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1956): «La técnica de incrustación de Boquique y la dualidad de tradiciones cerámicas en la Meseta durante la Edad del Hierro», *Zephyrvs*, VII, Salamanca, pp. 179-206.
- MARTIN BENITO, J. I. (1988): «Excavaciones arqueológicas en 'El Teso del Cuerno' (Forfoleda, Salamanca, España)», *Arqueologia*, 18, Oporto, pp. 131-157.

- MARTIN VALLS, R. (1971): «Hallazgos de cerámica campaniforme en Pajares de Adaja (Avila), *BSAA*, XXXVII, pp. 397-405.
- (1984): «Prehistoria palentina», en AA.VV.: *Historia de Palencia*, Palencia, pp. 15-53.
- MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1972): «Nuevos yacimientos de la Edad del Hierro en la Meseta Norte», *BSAA*, XXXVIII, pp. 5-54.
- (1975): «Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II)», *BSAA*, XL-XLI, pp. 445-476.
- (1982): «Hallazgos arqueológicos (...) de Zamora (IX)», *BSAA*, XLVIII, 1982, pp. 45-70.
- (1989): *La cultura del vaso campaniforme en las campiñas meridionales del Duero: El enterramiento de Fuente-Olmedo (Valladolid)*, Monografías del Museo Arqueológico de Valladolid, 1, Valladolid (2.ª ed. aument.).
- MARTINEZ, F. (1978): «La espeleología en Palencia», *PITTM*, 40, pp. 3-123.
- MARTINEZ NAVARRETE, M.ª I. (1987): «Los primeros períodos metalúrgicos», en *Arq-Madr.*, pp. 59-81.
- MARTINEZ NAVARRETE, M.ª I. y MENDEZ MADARIAGA, A. (1983): «Arenero de Soto. Yacimiento de 'fondos de cabaña' del horizonte de Cogotas I», *EPAM*, pp. 183-254.
- MENDEZ MADARIAGA, A. (1982): «Algunos yacimientos con materiales del Bronce Final en la provincia de Madrid», *EPAM*, pp. 19-54.
- MOLINA, F. y ARTEAGA, O. (1976): «Problemática y diferenciación en grupos de la cerámica con decoración excisa en la Península Ibérica», *CPUG*, 1, pp. 175-214.
- MOLINA, F.; AGUAYO, P.; FRESNEDA, E. y CONTRERAS, F. (1986): «Nuevas investigaciones en yacimientos de la Edad del Bronce en Granada», en *HomSiret*, pp. 353-360.
- MORAN, C. (1924): *Excavaciones arqueológicas en el Cerro del Berruoco*, MemJSEA, 65.
- (1935): *Excavaciones en dólmenes de Salamanca y de Zamora*, MemJSTA, 135.
- MOUCHA, V. (1958): «Prispevek k casovemu zarazeni eneolitických pasovych zapon» (c. resum. alem.), *Archeologické rozhledy*, X, Praga, pp. 62-78.
- NOLTE, E. (1971): «Nota sobre nuevos yacimientos prehistóricos en cuevas de las provincias de Vizcaya y norte de Burgos», *Munibe*, XXIII, 2-3, San Sebastián, pp. 355-373.
- ORTEGA MARTINEZ, A. I. y MARTIN MERINO, M. A. (1986): «La arqueología del Karst de Ojo Guareña», *Kaite*, 4-5, Burgos, pp. 331-389.
- ORTEGO Y FRIAS, T. (1951): «Prospecciones arqueológicas en 'Las Tajadas' de Bezas (Teruel)», *AEArq*, XXIV, pp. 455-486.
- (1961): «Soria», en «I Reunión de Arqueólogos del distrito Universitario de Zaragoza», *Caesaravgvsta*, 17-18, Zaragoza, pp. 157-166.
- (1969): «Covarrubias: una estación arqueológica en el término de Ciria (Soria)». *X CNArq (Mahón 1967)*, pp. 205-215.
- OSABA Y RUIZ DE ERENCHUN, B. (1960): «La arqueología en Ojo Guareña», *RABM*, LXVIII, 1, pp. 177-192.
- PALOL, P. DE (1967): «Nuevos hallazgos arqueológicos en el área de Valladolid», *BSAA*, XXXIII, pp. 221-240.
- (1974): «Alava y la Meseta superior durante el Bronce Final y el Primer Hierro», *EAA*, 6, pp. 91-100.
- PALOL, P. DE y WATTENBERG, F. (1974): *Carta arqueológica de España. Valladolid, Valladolid*.
- PALOMINO LAZARO, A. (1988): «Resultados de la excavación arqueológica en 'La Casa de los Moros', Arrabalde (Zamora)», *Anuario 1988. Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, Zamora, pp. 139-150.
- PRIEGO-FERNANDEZ DEL CAMPO, M.ª C. (1984): «Actividades de la sección arqueológica del Museo Municipal durante 1983», *EPAM*, pp. 191-207.

- PRIEGO FDEZ. DEL CAMPO, M.^a C. y QUERO CASTRO, S. (1983): «Actividades de la sección arqueológica del Museo Municipal durante 1982», *EPAM*, pp. 285-314.
- RIPOLL PERELLO, E. y MOURE ROMANILLO, J. A. (1979): «Grabados rupestres de la Cueva de Maltravieso (Cáceres)», en *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*, Cáceres, pp. 567-579.
- RITTATORE VONVILLER, F. (1974): «Il problema del passaggio tra l'Eneolitico e l'antica età del Bronzo nell'Italia Centrale Tirrenica», *Preistoria Alpina*, 10, Trento, pp. 253-259.
- ROJO GUERRA, M. A. (1989): «El túmulo protohistórico del 'Paso de la Loba' (Huidobro, Burgos)», *TP*, 46, pp. 99-116.
- ROMERO CARNICERO, F. (1980): «Notas sobre la cerámica de la Primera Edad del Hierro en la cuenca media del Duero», *BSAA*, XLVI, pp. 137-153.
- RUIZ ARGILES, V. y POSAC MON, C. F. (1956): «El Cabezo de La Bastida. Totana (Murcia)», *NAH*, III-IV, pp. 60-89.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1984): «Cogotas I y los primeros 'Campos de Urnas' en el alto Duero», *SympSoria*, pp. 169-185.
- (1985): *Los Campos de Urnas del NE de la Península Ibérica* (Tesis Doctorales de la Universidad Complutense de Madrid, 83/85), Madrid.
- SAENZ GARCIA, C. (1969): «La hoz del Duero en Soria. IV. La Cueva del Asno», *Celtiberia*, XIX, 38, Soria, pp. 189-213.
- SANTONJA, M. (1987): «Anotaciones en torno al megalitismo del occidente de la Meseta (Salamanca y Zamora)», en VV.AA.: *El Megalitismo en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 199-210.
- SANTONJA GOMEZ, M.; SANTONJA ALONSO, M. y ALCALDE CRESPO, G. (1982): «Aspectos de la ocupación humana antigua del cañón de La Horadada (Palencia)», *PITTM*, 47, pp. 337-392.
- SCHUBART, H.; ARTEAGA, O. y PINGEL, V. (1987): «Fuente Alamo (Almería): informe preliminar sobre la excavación de 1985 en el poblado de la Edad del Bronce», *Anuario arqueológico de Andalucía/1985. II. Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 305-312.
- SCHÜLE, W. (1969): «Tartessos y el hinterland», *V SPPI (Jerez de la Frontera 1968)*, pp. 15-32.
- SOLER GARCIA, M. (1953): «Villena (Alicante). Poblado del Cabezo Redondo», *NAH*, I, pp. 38-43.
- (1969): *El oro de los tesoros de Villena*, Serie de Trabajos Varios del SIP, 36, Valencia.
- TRELIS MARTI, J. y VICENS PETIT, J. M. (1986): «El Eneolítico en Alcoy. Bases para su estudio», en *El Eneolítico en el País Valenciano*, Alicante, pp. 101-110.
- URIBARRI ANGULO, J. L. y APELLANIZ, J. M. (1975): «Problemas prehistóricos de la 'Galería del Sílex' de la Cueva de Atapuerca (Burgos)», *XIII CNArq (Huelva, 1973)*, pp. 167-172.
- URIBARRI, J. L. y LÍZ, C. (1973): «El arte rupestre de Ojo Guareña. La cueva de Kaité», *TP*, 30, pp. 69-120.
- VAL RECIO, J. (1990): «San Cristóbal de Entreviñas», *Nvmantia*, III, Valladolid, pp. 339-340.
- VIDAL ENCINAS, J. M. (1990): «León», *Nvmantia*, III, Valladolid, pp. 264-267.
- VALIENTE MALLA, J. (1987): *La Loma del Lomo I (Cogolludo, Guadalajara)*, EAE, 152.
- VILLES, A. (1981): «Les silos de l'habitat protohistorique en Champagne crayeuse», en *Les techniques de conservation des grains à long terme, II*, Paris, pp. 194-225.
- (1984): «Que savons-nous des structures d'habitat des Ages du Bronze et du Fer en France septentrionale?», en *Eléments de pré et protohistoire européenne. Hommages a Jacques-Pierre Millotte*, Paris, pp. 649-67.

- WATTENBERG, F. (1957): «Hallazgos arqueológicos en Renedo de Esgueva (Valladolid)», *BSAA*, XXIII, pp. 189-191.
- WELLS, C. (1967): «A Study of Cremation», *Antiquity*, XXXIV, Cambridge, pp. 29-37.
- WAIT, G. A. (1985): *Ritual and Religion in Iron Age Britain*, BAR British Series 149.
- ZAMORA CANELLADA, A. (1976): *Excavaciones de la Cueva de la Vaquera, Torreiglesias. Segovia (Edad del Bronce)*, Segovia.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

- AEArq* *Archivo Español de Arqueología*. Madrid.
- APL* *Anuario de Prehistoria Levantina*. Valencia.
- ArqMadr* *130 años de arqueología madrileña*, Madrid, 1986.
- BAR* British Archaeological Reports. Oxford.
- BPH* Bibliotheca Praehistorica Hispana. Madrid.
- BRSEHN* *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*. Madrid.
- BSAA* *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*. Valladolid.
- CAD* Cuadernos de Arqueología de Deusto. Bilbao.
- CNArq* *Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza.
- CPAUM* *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*. Madrid.
- CPUG* *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*. Granada.
- EAA* *Estudios de Arqueología Alavesa*. Vitoria.
- EAE* Excavaciones Arqueológicas en España. Madrid.
- EPAM* *Estudios de Prehistoria y Arqueología Madrileñas*. Madrid.
- Est.Geol.* *Estudios Geológicos*. Madrid.
- HomSiret* *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*. Sevilla, 1986.
- MemJSEA* Memorias de la Junta Superior de Excavaciones Arqueológicas. Madrid.
- MemJSTA* Memorias de la Junta Superior del Tesoro Artístico. Madrid.
- MMAp* *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*. Madrid.
- NAH* *Noticario Arqueológico Hispánico*. Madrid.
- PITTM* *Publicaciones de la Institución Tello Téllez de Meneses*. Palencia.
- RA* *Revista de Arqueología*. Madrid.
- RABM* *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. Madrid.
- RBAMAM* *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*. Madrid.
- RG* *Revista de Guimarães*. Guimarães.
- SPPI* *Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica*. Barcelona.
- SympSoria* *Actas del I Symposium de Arqueología Soriana (Soria 1982)*. Soria, 1984.
- TP* *Trabajos de Prehistoria*. Madrid.
- WA* *World Archaeology*. Londres.